SUPLEMENTO ANIVERSARIO

26 DE MAYO DE 1987 Página/12 26 DE MAYO DE 2001



LAS MEJORES NOTICIAS DE LOS ULTIMOS 14 AÑOS

Escriben: Eduardo Aliverti / Osvaldo Bayer / Miguel Bonasso / Luis Bruschtein / José Pablo Feinmann / Andrea Ferrari / Rodrigo Fresán / Juan Forn / Sergio Kiernan / Raúl Kollmann / María Moreno / Sergio Moreno / James Neilson / Julio Nudler / José María Pasquini Durán / Alan Pauls / Carlos Polimeni / Sandra Russo / Juan Sasturain / Ernesto Tiffenberg / Claudio Uriarte / Horacio Verbitsky / Mario Wainfeld / Alfredo Zaiat



CULTURA
Charly García ya cumplió los dieciocho

Juicio a Barbie
La sociedad en el banquillo, por Juan Gelman

Página/12
el país a diario

Fidelidad con dudas
"SÍ, JURO"

PRUDENCIA

Quedó detenido un mayor que se negó a jurar

3
Videla y la libertad de prensa, por José María Pasquini Durán

7
El reino del revés, por Eduardo Aliverti

ALFONSIN EN MONTEVIDEO "Los argentinos hemos dejado atrás las soluciones mágicas"

14 años

LA MEJOR NOTICIA

Por Ernesto Tiffenberg

Nada más falso que aquella vieja verdad periodística de que la buena noticia no es noticia.

En primer lugar, no resulta demasiado sencillo establecer qué es una buena noticia sin antes definir el para quién. En estos días, sin ir más lejos, hay buenas noticias para la inmensa mayoría que sin embargo resultan más que malas para el ex presidente y sus amigos.

En segundo lugar, aunque muchos piensan, aun entre sus más ávidos consumidores, que este diario ha nacido y crecido de la mano del desánimo, que se regodea en el fracaso y el escepticismo, en realidad **Página/12** delimitó desde su nacimiento un mundo de feliz complicidad con sus lectores. Y esa complicidad, hay que decirlo, está compuesta en su gran mayoría por buenas noticias. Buenas noticias, claro, para nosotros. Los que nos conocemos sin conocernos, los que estamos dispuestos a compartir la furia de las pasiones imposibles en cada nota de cada página del diario.

Dicho esto, resulta fácil definir a su nacimiento, hace hoy exactamente 14 años, como la mejor noticia publicada por este diario. En todo caso, y no es poco, como la que hizo posible todas las demás.

Hace 14 años un diario se propuso contar las noticias con el mismo lenguaje y humor corrosivo con que cualquiera de sus periodistas las contaría en la mesa de un bar a sus amigos. Seguramente nunca lo consiguió, pero también se propuso admitir que el periodismo ocupe su lugar en el inabarcable territorio de la literatura al tiempo que abría las puertas a la literatura para que ocupe su lugar en el inabarcable territorio del periodismo.

Hace 14 años, quizá convocado por el espíritu insatisfecho de miles y miles de potenciales lectores, un diario decidió que reflejar la realidad es reflejarla críticamente y que hacer periodismo es buscar más allá de la apariencia. Resolvió que lo que se dio en llamar "periodismo de investigación" es simple y llanamente periodismo, contrapuesto a la publicación de gacetillas oficiales o versiones oficiosas que caracterizaban hasta entonces a los grandes medios nacionales.

Hace 14 años un diario se planteó la necesidad del pluralismo. Huérfano de la verdad, de cualquier verdad, se propuso hacer todas las preguntas sin descartar de antemano ninguna respuesta, con la única excepción de la convicción democrática y su rechazo sin fisuras a todo aquello que vulnere los derechos humanos. Convencido del valor de la multiplicidad de las miradas abrió el terreno para redefinir aquello que se conoce como "espacio progresista", otorgándole en la diversidad de sus enfoques un lugar de encuentro, debate y crecimiento.

Catorce años después, sobreviviente de hiperinflaciones e hiperrecesiones, veterano de todas las batallas contra el acoso gubernamental y por la plena libertad de expresión, **Página/12** renueva cada día aquellas viejas ilusiones.

Catorce años después ya no resulta tan fácil elegir su lejano nacimiento como la mejor noticia. Cumplir catorce años de relación con ustedes también es noticia. Una buena noticia. Quizá la mejor de todas.

J. Walter Thompson

SOMOS EL CORREO
MAS GRANDE
MAS EFICIENTE
MAS CONFIABLE
Y MAS RAPIDO
DEL PAIS.

Puede ser verdad.
Puede ser mentira.
No nos crea. Pruébenos.

Podríamos decirle una y cada una de las cualidades y características que hacen grande al Correo Argentino. Que en los últimos 4 años invertimos más de $350.000.000 para que sus envíos lleguen en tiempo y forma. Que cubrimos como ningún otro correo todo el territorio nacional. Que construimos la planta de procesamiento de cartas más moderna de Latinoamérica. Que poseemos más de 5.000 puntos de venta en todo el país para que siempre le resulte más fácil despachar un envío. Que brindamos productos postales con un excelente soporte tecnológico que nos permitiría decir que somos el correo más avanzado de la Argentina.
Por eso solamente le pedimos que nos pruebe. Y una vez que esté convencido de la clase de correo que somos, nos vuelva a probar.

CORREO ARGENTINO
Si nos prueba, nos elige.

Edición fotográfica: Alejandro Elías.
Diseño: Andrea Max.

Sandra Cartasso



Política

DEMOCRACIA

Los tropiezos de la democracia hacen que a veces se pierda de vista su propia existencia. A veces es bueno recordar que, incluso inmerso en una sucesión de desilusiones, este país no puede desestimar ni subestimar el rito de ir a las urnas.

Por Mario Wainfeld

El 24 de octubre de 1999 este diario anunció en su tapa las elecciones presidenciales. Era, a ojos de muchos, una buena noticia, titulada "Tarjeta roja para Carlos Menem". Ese día escribí una columna de opinión que me parece que viene a cuento en este suplemento. Relaté que iría a votar con mis dos hijos mayores, nacidos durante la dictadura. Y añadía "soy de los que cree y razona que las ofertas políticas predominantes son excesivamente conservadoras. Pero sé también que mis hijos no conocen el terror y la ignominia de la dictadura que yo viví. Irán a votar descreídos y hasta burlones pero lo harán vestidos como quieren, con el largo de pelo que quieran usar pues pertenecen a una generación que aprendió a valorar y disfrutar de las libertades expresivas. Y también a besarse o masticar un pancho en la calle, o usar un arito o sentarse en el cordón de la vereda, conductas todas que eran pecado o delito o vaya a saber qué en tiempos que parecen muy distantes para algunos pero que transcurrieron apenas ayer. La democracia es una apuesta para que cualquiera de nosotros –y antes que nada ellos– tengamos tiempo voluntad y creatividad para ayudar a mejorar algo para la próxima o la otra".

Vista a través del cruel prisma del tiempo la buena noticia de esa tapa tal vez parezca deslucida. El menemismo se fue pero no muchas de sus lacras. La Alianza dejó de enamorar hace rato. Y sin embargo, el cumplimiento de las rutinas democráticas, de la continuidad de algunos standards mínimos de libertad sigue siendo algo festejable. Más allá de los límites, los fracasos y hasta la mala fe de los mandatarios del pueblo, andando el tiempo avanzan las luchas por los derechos humanos, contra la discriminación, contra la destrucción del ecosistema, contra el gatillo fácil, contra... Contra lo que usted quiera. Y avanzan en los terrenos democráticos: en el debate público, en los medios, en los tribunales. Ese avance no es lineal, al menos por dos razones:

◆ porque son crueles, para las causas populares, las correlaciones de fuerzas en esta etapa. Y también,

◆ porque la realidad es dialéctica. Todo hecho contiene en sí mismo contradicciones y su propia negación. Esta aseveración parece absurda en épocas en que predominan los razonamientos binarios, simplistas, formas supremas de la necedad o la mala fe. Pero lo cierto es que la buena noticia de hoy usualmente está integrada (por decirlo de algún modo) por la desdicha de ayer. El triunfo de la Alianza fue el puntapié inicial de su decadencia. El arresto del represor Jorge Rafael Videla por robo de bebés –una noticia excelente que rememora en su columna Sergio Moreno– contiene en sí las miserias de la obediencia debida y el punto final. Fue buena noticia la Carpa Blanca, esa pequeña epopeya de invención democrática, astucia mediática y experticia gremial. Pero aun su día más memorable, aquel en que arrió su bandera porque se había hecho ley el Fondo de Incentivo Docente, llevaba el germen de la defección ulterior del Gobierno de la Alianza.

Es fiera venganza la del tiempo que le hace ver más tarde lo que uno amó. La victoria estratégica se convierte en victoria táctica. O en algo peor. Pero el tiempo, dialécticamente, germina las semillas de la oportunidad. De aprender, de difundir ideas, de demostrar la perversidad de los planteos excluyentes y autoritarios. De desnudar la prepotencia militar, la violencia policial, la corrupción de los funcionarios, el machismo y el sexismo de tantos. El tiempo permite afinar los planteos democráticos, progresistas y populares.

Fue mala noticia el genocidio y también lo fueron las leyes de la impunidad. Pero es buena la declaración judicial de la inconstitucionalidad de esas normas. Es mala noticia la corrupción pero al investigarla, denunciarla y difundirla se ayuda a generar un escenario mejor. E inesperado. ¿Quién pensó hace tres o seis años que el gabinete menemista casi en pleno estuviera en el banquillo de los acusados?

La democracia –como escribí aquella vez– no es en Argentina apenas un puñado de reglas, también es la diferencia entre la vida y la muerte. Su perduración y consolidación en la vida y las costumbres de la gente del común es una buena noticia que –dialécticamente, claro, y haciendo muchas veces prosa sin saberlo– contamos todos los días.

Saludamos a "PAGINA/12" en su 14º aniversario



BANCO DE LA NACION ARGENTINA

1996, a 20 años del golpe

EL PUNTO DE INFLEXION

Por Miguel Bonasso

Cuando se cumplieron veinte años del golpe militar, una multitudinaria manifestación popular ganó las calles. Este hecho marcó un punto de inflexión en la política argentina.

La mejor noticia de estos años fue la gran concentración de repudio al golpe militar que se llevó a cabo el 24 de marzo de 1996. A mi modo de ver fue la mejor porque tuvo descendencia; porque marcó un punto de inflexión favorable a la conciencia popular en un fin de siglo por demás negro y destemplado.

Veinte años no es nada, pero al mismo tiempo constituye un lapso cuasi generacional que permite superar terrores paralizantes y el efecto deletéreo de ciertas frustraciones. Dicho de otra manera: aquel 24 de marzo, cuando se cumplieron veinte años del inicio de la más terrible dictadura sufrida por la Argentina, los sectores más conscientes de la sociedad ganaron la calle para repudiar el terrorismo de Estado y condenar la impunidad. Fue una demostración extraordinaria, tanto en los aspectos cuantitativos como cualitativos; en la Plaza había partidos políticos y organismos humanitarios, pero también mucha gente "suelta": familias enteras, personas que llevaban años sin movilizarse junto con debutantes, muchachos que acudían por primera vez a la Plaza.

Sin duda que la dictadura de Videla, Massera y compañía seguía contando con adherentes, pero carecían de fuerza moral para manifestarse a favor del genocidio. Debían recluir sus simpatías detrás de las persianas, mientras la calle se vestía de banderolas y consignas. Los sectores populares habían perdido muchas batallas, a un costo atroz, pero se insinuaba una victoria cultural que no era simplemente un consuelo para el derrotado sino la piedra basal para construir ese Estado de derecho por el que la República sigue clamando.

Recuerdo el brillo de la tarde, el resplandor (¿anacrónico?) de las banderas rojas de la izquierda, la emoción de volver a reunirnos tras el "felices pascuas" y otras intoxicaciones de estos años '80 y '90. Acababa de regresar de México y la movilización me envolvió como un manto protector. Le dije a mi viejo amigo Beto Borro, con quien marchábamos como en los años juveniles: "Se acabó el menemismo, loco. Esta gente lo está diciendo de otra manera: el Turco se fue a la mierda".

Beto asentía en silencio, mientras las columnas opositoras ingresaban en dos brazos de multitud a la Plaza. Los dos pensábamos en la Alianza que la gente reclamaba y que todavía no se había reunido, "a nivel superestructural" (de los Cinco Grandes, digo), en el living de Rodolfo Terragno.

Varios acontecimientos posteriores confirmaron aquella intuición: vino el juicio de Madrid, alimentado por la pasión justiciera de abogados como Carli Slepoy; la derogación de las leyes de obediencia debida y punto final; el juicio promovido por las Abuelas contra los apropiadores de sus nietos (que abría una ventana en la impunidad de leyes e indultos); el renovado interés y la polémica por los '70; las prisiones de Videla, Massera, el Tigre Acosta y otros genocidas; la humillación internacional de Augusto Pinochet y otras buenas noticias. Cuando se interpuso el vil asesinato de José Luis Cabezas, esa conciencia en ascenso ganó la calle para reclamar la verdad y el castigo y para impedir, también, que el poder retornara en ominosa regresión a los métodos de la Triple A y los grupos paramilitares. Cabezas personificaba, en gran medida, a todas las víctimas de los últimos treinta años y así parecía simbolizarlo la suelta de globos negros.

Para completar la intuición de aquella tarde, la Alianza se conformó, ganó las elecciones y llegó a las apariencias del poder. Donde se desnaturalizó, mimetizándose con el antagonista derrotado. No sólo se subordinó a los gerentes del capital financiero sino que sus peores elementos, como Ricardo López Murphy, avalaron el temible retroceso que significa la gestión castrense del general Ricardo Brinzoni en relación con la apuesta democratizadora del teniente general Martín Balza. En la provincia de Buenos Aires, el protofascismo policial y penitenciario inició un genocidio sordo en comisarías y penales, y avanza ahora sobre el principio constitucional de la inamovilidad de algunos jueces, a los que Carlos Ruckauf considera "excesivamente garantistas".

Es de esperar que el megacanje del exterminador Domingo Felipe Cavallo y su posible contrapartida de megaajuste, sumados a la disolución virtual de la Alianza (sin un frente nacional y popular a la vista que la reemplace) y todo esto en el marco de un conflicto social en ascenso, no impongan un retroceso en relación con los vientos libertarios que comenzaron a soplar hace cinco años.

Derechos Humanos

BUSCAR Y ENCONTRAR

Por Sergio Moreno

La detención de los principales cabecillas de la dictadura como resultado de la infatigable tarea de las Abuelas que reclamaron por sus nietos fue una de las mejores noticias de los últimos años. Aunque la paradoja argentina haga que la mejor noticia surja de la tragedia.

Recuerdo la noche del 24 de marzo de 1976. Yo tenía 15 años, era de madrugada, y mi viejo no había llegado. Mi vieja estaba angustiada, mi hermana menor dormía. Como a las dos y media de la mañana escuchamos las llaves en la cerradura. Mi viejo estaba demacrado y no podía contener una opaca excitación. La barba le había crecido a lo largo de ese día largo y le hacía más oscuro el gesto. "Dieron el golpe", dijo. Todos supimos que la pesadilla había empezado.

Bucear en la memoria a través de los últimos 14 años para encontrar una buena noticia puede ser una faena sin mayores dificultades para cualquier ser humano que haya vivido una vida comúnmente calificada como normal. La tarea se torna tanto más farragosa, cuando no decepcionante, si la búsqueda debe circunscribirse al universo de la política argentina, tal la labor encomendada a este cronista.

Desde mayo de 1987 han ocurrido hechos que poco pueden calificarse como buenas noticias. Hubo levantamientos carapintada capitaneados por "héroes de Malvinas", hiperinflaciones y saqueos, indultos, atentados terroristas hasta hoy anónimos. Hubo grandes negociados, crecimiento de la injusticia social, exclusión, aumento del desempleo y la pobreza. Hubo un Estado mafioso, copamiento de la Justicia, sobornos. Lo asesinaron a Cabezas. Esta triste lista enumera, grosso modo, episodios producidos por personajes conocidos en algunos casos, sospechados de ser sus protagonistas en otros, tutelares en todos ellos. Así, hoy la política está lejos no ya de generar buenas noticias sino de darle sentido a su razón de ser. Ha quedado, y podemos verlo al evocar los episodios ocurridos en estos 14 años, vacía, fatua, presa de los sofistas que siempre han sabido encontrar argumentos para explicar un fracaso más o las imposibilidades de turno. Una charlatanería que no ha hecho más que minar la democracia y la fe de una sociedad en sí misma.

En medio de la hojarasca, afortunadamente, hubo una excepción. Jorge Rafael Videla, Emilio Eduardo Massera & Co. están presos. Técnicamente, no fueron arrestados por asesinos sino por haber pergeñado y puesto en funcionamiento una siniestra maquinaria para quedarse con los bebés de sus víctimas, jóvenes a las que habían secuestrado, hecho cautivas y que eran asesinadas luego de dar a luz.

Estos tenebrosos comandantes y sus esbirros no han podido escapar a la verdad a pesar de la compleja trama de complicidades políticas y judiciales que se tejió para garantizar su fuga. Existieron leyes e indultos, pero no fueron suficientes. Las Abuelas de Plaza de Mayo y un grupo de laboriosos abogados consiguieron desbaratar aquella telaraña. Con imaginación, esfuerzo, paciencia y el deseo omnipresente de recuperar a sus nietos y, con ellos, a una parte de sus hijos desaparecidos, desmotaron la maleza que impedía llegar a la verdad y construyeron una efectiva teoría jurídica, aprovechando los intersticios que dejaron las leyes pergeñadas para olvidar. Así llegaron a encarcelar a los responsables de aquel horror; así van recuperando uno a uno a aquellos bebés –hoy jóvenes que superan los 20 años– que apenas consiguieron ver los ojos de sus madres en los campos de concentración.

Paradoja argentina, esta tarea monumental, la mejor noticia que

ESSO S.A.P.A.
saluda
a Página 12
en su 14º
aniversario


Justicia

UN PAIS NORMAL

La nulidad de las leyes de punto final y obediencia debida abrió el camino para reanudar el juzgamiento a los responsables de violaciones sistemáticas de derechos humanos.

Por Horacio Verbitsky

La mejor noticia que este diario publicó en sus catorce años fue la nulidad de las leyes de punto final y de obediencia debida, que el juez federal Gabriel Cavallo declaró hace dos meses. Esta decisión abre el camino para reanudar el juzgamiento de las violaciones masivas y sistemáticas de los derechos fundamentales, a la vida, a la libertad, a la integridad física, al debido proceso, cometidos desde el aparato estatal en la década de 1970.

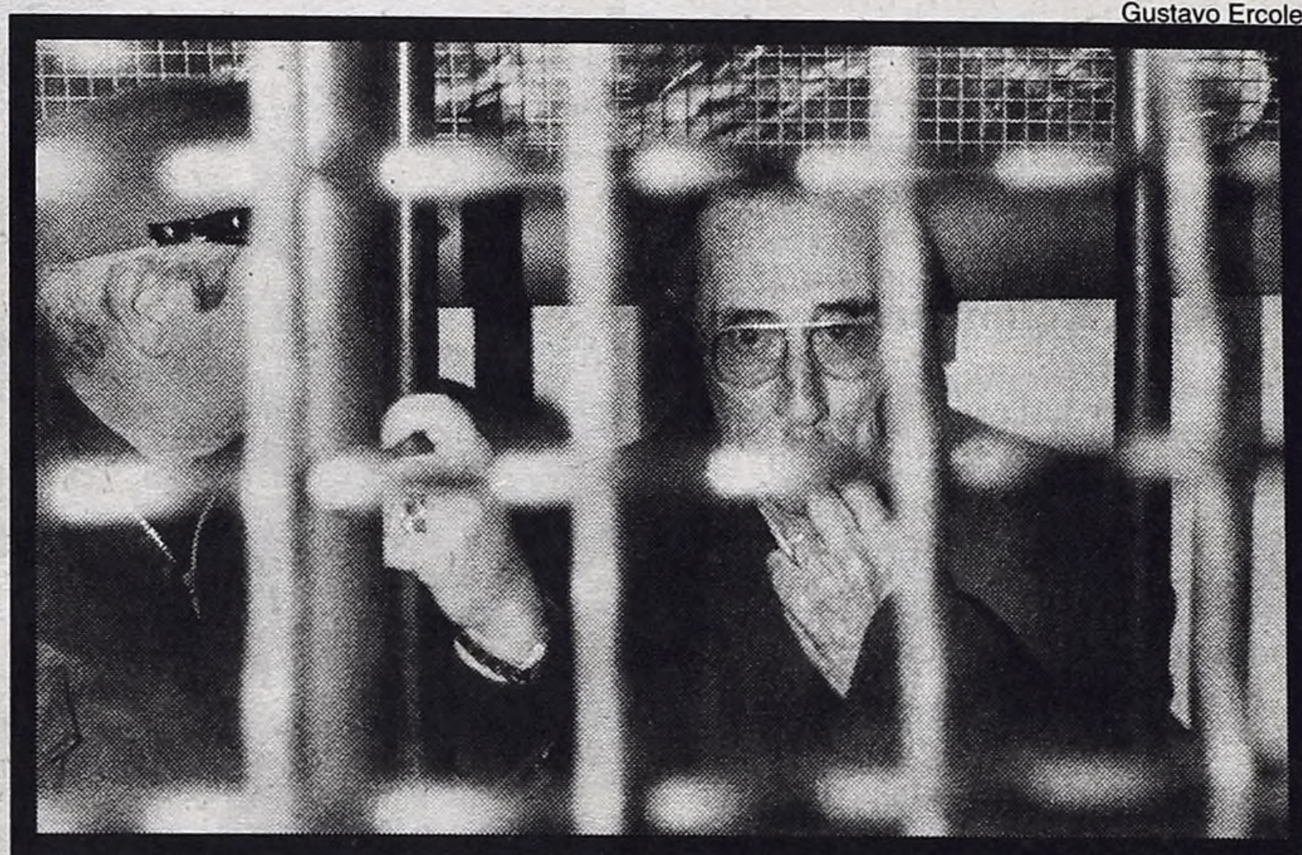
Al concluir la dictadura, el juicio a los nueve integrantes de las primeras juntas militares transmitió un mensaje alentador a la sociedad: ya nadie volverá a estar por encima de la ley, todos deberán rendir cuentas por sus actos. Pero las leyes de punto final y de obediencia debida y luego los decretos de indulto borraron ese efecto. Sobre todo porque fueron obtenidos bajo el chantaje de los alzamientos carapintada. A partir de entonces, la impunidad se fue extendiendo como una mancha, que penetró en todos los intersticios de la sociedad y contaminó al conjunto de las instituciones. El crimen paga, fue la conclusión inevitable.

La sociedad nunca se resignó a las imposiciones que le exigieron cerrar rápido y mal ese capítulo trágico de nuestra historia. A partir de los organismos de derechos humanos, esa actitud se fue propagando al resto. Ese firme repudio de la sociedad permitió el rechazo judicial primero y la nulidad legislativa después de la ley de autoamnistía con que la última junta quiso cubrir su retirada. Fue también el sustento para la decisión política de sentar en el banquillo a Videla, Massera & Cía. Cuando los ex presidentes Alfonsín y Menem suscribieron sus capitulaciones de olvido y perdón, el 70 por ciento de la población las rechazó, según los sondeos de la época. La década larga transcurrida desde entonces no hizo más que agrandar ese rechazo. La decisión del juez Cavallo fue aprobada por ocho de cada diez personas consultadas. De no ser así no hubiera recibido el juez Baltasar Garzón la cantidad de testimonios y documentos que le permitió reanudar en España lo que se había interrumpido aquí, ni hubieran avanzado en el país los juicios por el robo de bebés y por el establecimiento de la verdad histórica. Tampoco hubieran sido posibles las gigantescas movilizaciones populares de 1996 y 2001, en el 20° y el 25° aniversario del golpe militar, de una magnitud y diversidad que ningún otro tema convoca.

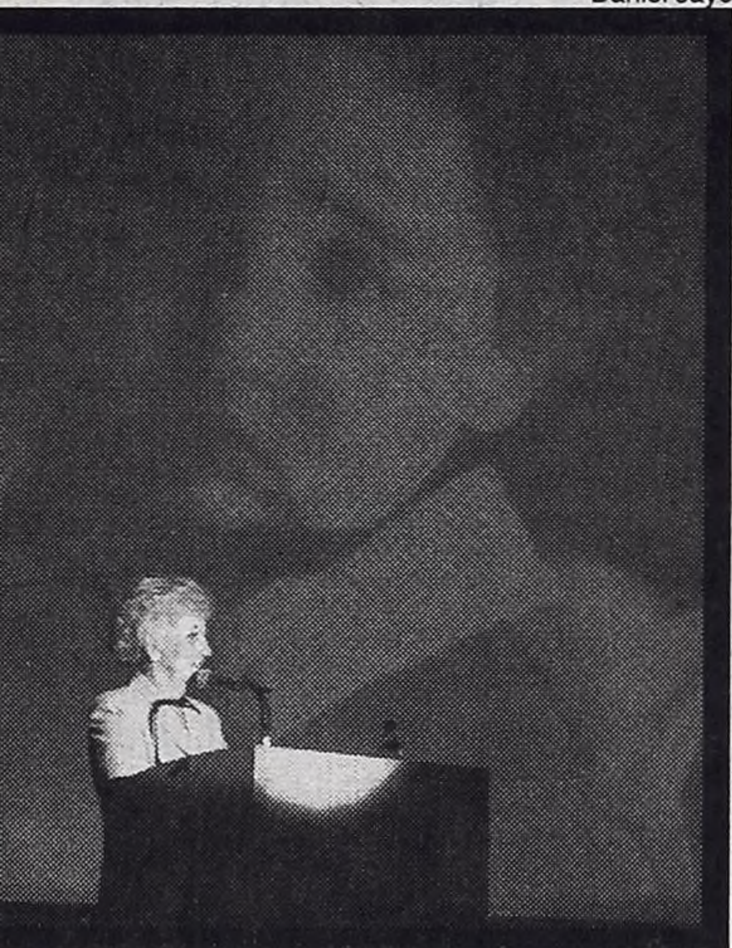
Este no es el tema central de interés de la sociedad y la nulidad de esas leyes no constituye el remedio para todos los males de nuestra democracia. Transcurrido un cuarto de siglo del último golpe militar, las urgencias cotidianas son otras: el desempleo, la pobreza extrema de muchos y la riqueza extrema de pocos, la corrupción, las diversas formas de inseguridad. Pero cuando se puede opinar sobre este punto, la respuesta social no es equívoca. El pueblo argentino no acepta la impunidad.

El camino abierto por la decisión de Cavallo conduce hacia la transformación de la Argentina en un país normal. Como Francia, donde acaba de ser condenado Alois Brunner por su responsabilidad en la deportación de miles de niños franceses hacia campos de concentración en Alemania. Como Italia, que procesó y condenó hace unos años a Erich Priebke por la masacre de las Fosas Ardeatinas cometida medio siglo atrás. Como la propia Alemania, donde siguen siendo llevados ante la Justicia los autores de crímenes atroces ocurridos bajo el nazismo. Esto no produce malestar en las Fuerzas Armadas, crisis políticas ni inestabilidad en los mercados. Tal camino recién dejará de recorrerse cuando muera el último de los contemporáneos del terrorismo de Estado. Esta resolución judicial se refiere a hechos del pasado, pero se proyecta hacia el futuro. Una sociedad que renuncia a enjuiciar los crímenes más atroces cometidos en toda su historia, carece de legitimidad y de nervio para castigar los delitos menores que, en comparación con aquéllos, son todos los demás, y se condena a vivir bajo el imperio de la arbitrariedad y la prepotencia.

Gustavo Ercole



Daniel Jayo



recibió la democracia en estos 14 años, es producto de la tragedia. Pero a diferencia de la mayoría de la clase política criolla, las Abuelas no se encerraron en el drama, no se amargaron en la melancolía, no se avinagraron en la mezquindad, no se entregaron al posibilismo, no bajaron los brazos, no renunciaron a la búsqueda de un camino alternativo cuando parecía que todos los senderos estaban cerrados. Por el contrario, encontraron la vía para recuperar a sus nietos, consiguieron que los culpables comiencen a pagar por las aberraciones que perpetraron y entregaron a la democracia un espacio de sanidad y un argumento de fortaleza donde poder apoyarse.

Este grupo de mujeres y sus abogados han demostrado que la convicción y el interés general pueden entrelazarse. Una lección que la clase dirigente argentina se empeña, tozudamente, en desconocer.

Miro dormir a mis hijos y me digo que cuidar niños es una forma de cuidarse a uno mismo. Vuelvo a recordar aquel gesto de mi viejo, ese 24 de marzo, y resignifico su mirada, puesta en mis ojos, angustiada, oscura. Veo cómo cada día las Abuelas siguen con su tarea, buscando a esos jóvenes a quienes cuidar, y entiendo que es una forma de cuidarse, de cuidarnos.

Coca-Cola y la Botella Contour son Marcas Registradas de The Coca-Cola Company.
Coca-Cola
disfruta
Todo lo que hacemos es para compartir.
Coca-Cola
Hoy queremos saludar a Página 12 en su 14º aniversario y decirle que, como en todos los cumpleaños, nos vemos en la mesa.

AFP

Policía y sociedad

UNA SANA DESCONFIANZA

El atentado a la AMIA, el caso Cabezas, el asalto al banco de Ramallo fueron algunos episodios que sembraron desconfianza en "la historial oficial" de la Policía. Esa cautela es el primer paso para un cambio en la dinámica entre derechos civiles y seguridad.

Por Raúl Kollmann

La verdad policial no es verdad hasta que me convenza. Esa es la buena noticia. Ya no se digieren los informes prolijitos que cerraban todos los casos casi con un moño.

El atentado contra la AMIA fue hecho con una camioneta trucha, o sea con partes robadas. ¿Qué papel jugaron los policías? Protegían al que armaba las camionetas y eran prácticamente socios del negocio. Además, pesa sobre ellos la acusación de haberse llevado la camioneta para entregarla a los terroristas. La verdad policial quedó hecha trizas: se empezó a mirar en serio lo que había detrás. Esa fue, pese a todo, una buena noticia.

El segundo escalón estuvo en el asesinato de José Luis Cabezas. La ridícula verdad policial apuntó al grupo de Pepita la Pistolera, una serie de ex presidiarios, regentes de prostíbulos y mercaderes de autos robados. Pero ya la gente había aprendido la lección de la AMIA y empezaba a mirar más allá. Al final, el crimen de Cabezas fue obra de un policía, Gustavo Prellezo, cuatro ladrones contratados por ese uniformado, que además los había llevado y traído de la costa, les dio alojamiento y, con los comisarios de la zona, establecieron la zona liberada para secuestrar y asesinar a Cabezas.

Las profanaciones de tumbas ya dejaron de ser obra exclusiva de militantes nazis. La gente aprendió a mirar más allá y se descubre el rastro de las internas policiales y los marginales contratados por comisarios para pintar esvásticas en los cementerios. Las profanaciones –se sabe ahora– han sido siempre parte de una interna entre uniformados.

El ciudadano sale de un banco y lo asaltan. Ya no cree en las casualidades. Indaga sobre la "entrega" desde adentro del banco y la "zona liberada" que les compran los delincuentes a los policías.

El asalto al banco de Ramallo no es un enfrentamiento entre el mal, por un lado, y la ley y el orden, por otro. La banda que aparentemente estaba integrada por tres individuos resultó ser de once, varios de ellos policías. Los disparos a quemarropa no fueron "una valiente acción contra la delincuencia" sino una masacre escandalosa provocada por la ineptitud criminal de los que dirigieron el operativo. De paso, acallaron a ladrones y rehenes.

La muerte de la madre que en Talar de Pacheco quedó en medio de un tiroteo, con su bebé en brazos, ya no se "esclareció", sin más trámite, como un asesinato de los delincuentes. El disparo que mató a la mujer fue de un policía y no con el arma reglamentaria sino con otra, "un arma perro", que después se encontró en la casa del uniformado.

En el secuestro del panadero Angel Dolza, aquel que se ganó el Quini 6, también apareció el policía de la banda, como aparecen uniformados en casi todos los casos de secuestro en la Argentina.

Un veterano policía retirado cuenta la siguiente historia: "Durante el Proceso, acompañábamos a los del Ejército en los operativos. Había que esperar durante horas en la esquina de la casa de algún supuesto guerrillero. Encima, uno tenía que estar despierto y valiente. Ahí fue que empezamos a consumir cocaína. Después entrábamos en la casa y nos quedábamos, como botín, con la mitad de lo que había. En otras palabras, no éramos una organización jerárquica para combatir el delito sino una banda de cómplices, drogadictos y ladrones. De esa época vienen, además, los acuerdos de venta de cocaína". La gente ya lo sabe: nadie se cree aquello de "la lucha contra el flagelo de la droga hasta las últimas consecuencias".

No faltará quien argumente que todo lo enumerado son malas noticias. No. Las malas noticias ya estaban. Lo nuevo es que la gente ahora no compra el paquete policial, con moñito, sin mirar detenidamente lo que hay adentro. Y ése es el primer paso hacia el cambio. La experiencia mundial indica que la cuestión de seguridad sólo evoluciona favorablemente –como en Estados Unidos– cuando baja el índice de desempleo, pero además con una policía limpia, tecnificada, profesional, bien entrenada y mejor pagada. Con la tecnología de hoy, los casos no se solucionan mayoritariamente a balazos sino con una arrasadora cantidad de pruebas surgidas de la inteligencia, la química y la informática. Y buena parte de los delitos se previenen con mapas inteligentes, estrategias penitenciarias de recuperación y una política social orientada a sacar del marasmo a las zonas de riesgo.

Con mucho sufrimiento y dolor, adquirimos la desconfianza en los últimos años. No nos creemos nada. Es una buena noticia, porque sirve para exigir algo distinto.

Felicitamos a

Página 12

en su 14º aniversario.

EDESUR

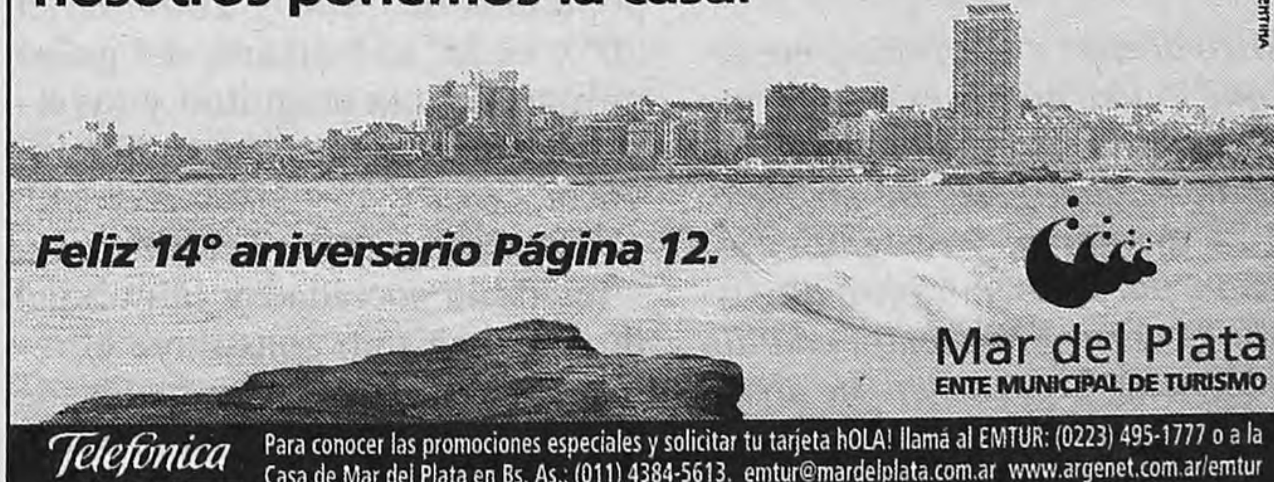
Trabajar incansablemente para democratizar el conocimiento. Honrar la verdad. Buscar lo justo. Dignificar la condición humana.

Son hoy parte de nuestros objetivos. Como lo han sido para Página/12 durante los últimos catorce años.



UNIVERSIDAD NACIONAL DE MAR DEL PLATA

Si quieren festejar el cumpleaños, nosotros ponemos la casa.



Feliz 14º aniversario Página 12.

Mar del Plata
ENTE MUNICIPAL DE TURISMO

Telefónica — Para conocer las promociones especiales y solicitar tu tarjeta hOLA! llamá al EMTUR: (0223) 495-1777 o a la Casa de Mar del Plata en Bs. As.: (011) 4384-5613. emtur@mardelplata.com.ar www.argenet.com.ar/emtur

Militares

ADIOS A LAS ARMAS

Hoy resulta impensable que un militar, y no un economista, sea quien conduzca el destino del país. Hay tanto para despotricar contra los economistas, que a veces se pasa por alto esa buena noticia.

Por James Neilson

En el curso de una arenga en que, entre otras cosas, felicitó a los obispos por haber criticado con dureza inusitada el desempeño de los políticos civiles en el pasado reciente, el presidente Ricardo Brinzoni dijo que a pesar del "riesgo país" la Argentina seguiría avanzando con paso firme por el camino que la llevaría indefectiblemente a la grandeza... ¿El presidente Brinzoni? El que sea tan surrealista la idea de que fuera el jefe del Ejército y no un economista hiperactivo el hombre indicado para salvar al país de una crisis que, según Chacho Alvarez, el clero, miles de pensadores de procedencia diversa y, de más está decirlo, los mercados es "terminal", nos dice mucho sobre la magnitud del cambio que la Argentina ha experimentado en los años últimos. Por cierto, cuando **Página/12** salió por primera vez no parecía del todo extravagante sospechar que el sucesor de Raúl Alfonsín podría ser un general. Aunque las Fuerzas Armadas ya no constituían un "factor de poder" decisivo, era legítimo suponer que ni bien se recuperaran de la ignominia que les había significado el "Proceso", reasumirían su papel tradicional de garantía del orden y de "reserva moral" de la Nación y que, como siempre había ocurrido, buena parte de la población, horrorizada por la inoperancia de los "políticos civiles", estaría más que dispuesta a cohonestar sus pretensiones.

Por eso de que el que no llora no mama, etc., y también por los efectos psicológicos demoledores de la desocupación masiva, es natural que muchos brinden la impresión de dar por descontado que a partir de una fecha no tan lejana todo se ha deteriorado, pero en muchos sentidos el país ha evolucionado de forma muy positiva. De los cambios que se han producido, el más provechoso ha sido con toda seguridad el supuesto por el retorno presuntamente permanente de los militares a sus cuarteles. Si bien muchos uniformados se las han arreglado para involucrarse en escándalos y el compromiso de algunos con la democracia –es decir, con el Estado de derecho– dista de ser muy fuerte, la capacidad actual de la corporación para proteger a sus integrantes es comparable con aquélla de un sindicato o un partido político cualquiera.

Aunque el derrumbe del "partido militar" fue precipitado por el fracaso del régimen de Jorge Rafael Videla y por la derrota en la guerra de las Malvinas, sería claramente un error atribuirlo nada más que a las peripecias de la vida nacional. Después de todo, en el resto de América latina sus camaradas compartieron el mismo destino.Es que la desmilitarización de la política argentina a principios de los años '80 fue otro síntoma de la pérdida de interés en las "soluciones" autoritarias de todo tipo, sean derechistas, izquierdistas o, como a menudo fue el caso aquí, una mezcla sui generis de las recetas disponibles, que también puso fin al sueño comunista y a la Unión Soviética. Aunque algunos nostálgicos siguen fantaseando en torno de grandes "soluciones" integrales, su influencia es escasa. Por ahora, cuando menos, no hay ningún Hugo Chávez en el horizonte argentino; si hay un antipolítico, éste es el cura Luis Farinello, no un matón uniformado. Puesto que la mayoría se ha habituado a tomar lo que sucede en el Primer Mundo por "normal" y las vicisitudes de otros países por episodios anecdóticos sin sentido real, pocos han prestado mucha atención a las consecuencias de la desmilitarización de la política de la país. Merecen ser investigadas: con escasas excepciones, tanto los "dirigentes" como los intelectuales se formaron en un mundo en el que la alternativa castrense era considerada tan normal como sería en Europa la llegada al poder de un partido conservador o socialista. Esta realidad –agradable para algunos mientras duró, antipática para los demás– incidió profundamente en las ideas, las actitudes y el lenguaje de los hombres y mujeres que conforman "la clase política" nacional. Sin tomar en cuenta las distorsiones que fueron provocadas por la división de los líderes entre "militares" y "civiles", sería difícil comprender la retórica de muchos prohombres, entre ellos Raúl Alfonsín, que siguen hablando como si aún se enfrentaran con una dictadura de legitimidad dudosa.

Por ser cuestión de una tradición política bastante vergonzosa, los más prefieren tratar al largamente consensuado protagonismo militar como una aberración, una anomalía absurda, pero, nos guste reconocerlo o no, la crisis política actual tuvo sus raíces en aquel "modelo" predemocrático y es legítimo imputar el desconcierto que sienten tantos dirigentes frente a la fase actual de la "transición" a la ausencia de la alternativa clásica que, ayer no más, les hubiera ahorrado el deber ingrato de comprometerse plenamente con medidas a su entender dolorosas, para no decir antipopulares, pero que mal que les pese serán claramente necesarias para evitar males todavía mayores.

Felicitamos a Página 12
no sólo por cumplir años,
si no también por cumplir
dando lo mejor del periodismo.

COTO
Yo te conozco.

La muerte del soldado Omar Carrasco, en 1994, desencadenó, con su brutalidad, el fin del servicio militar obligatorio. Eso puso en evidencia los falaces conceptos de virilidad y fortaleza que encubría la colimba. Ahora, afortunadamente, hay otras maneras de "ser hombre".



El fin de la colimba

LA PEDAGOGIA DEL DOLOR

Por José Pablo Feinmann

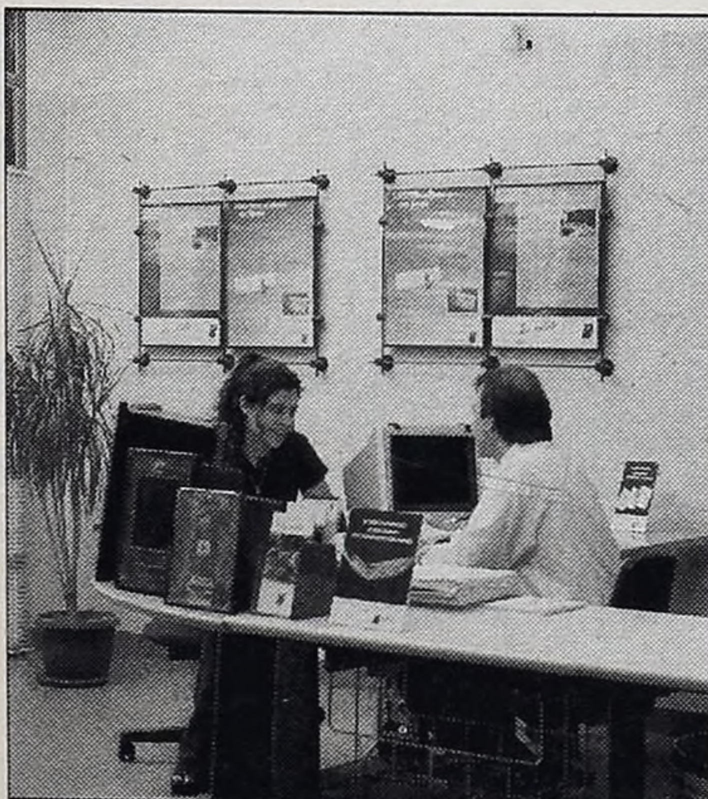
Siempre la misma idea: para hacerse hombre hay que hacer la colimba. Si en el Tiro Federal se aprendía a "defender a la patria" (confundiendo la patria con la buena puntería), en los cuarteles los "civiles maricones" se hacían "machos militares". Así, la colimba siempre se planteó como un momento necesario en la vida de todo hombre, el momento de hacerse hombre. Y el método para acceder a ese estadio (la hombría) era el rigor. Ya se sabe: a golpes se hacen los hombres. La colimba era la expresión más perfecta y desaforada del machismo. El machismo es una filosofía que mide a los hombres por su resistencia al sufrimiento. El que más aguanta es el más macho, el mejor. Porque ser hombre es ser fuerte, físicamente fuerte, tolerar el rigor, soportar el dolor. No llorar jamás. Un hombre macho no debe llorar, dice un tango de Gardel. Nadie llora en la colimba. La colimba existe para que los hombres aprendan a no llorar. Para que los machos soporten todo sin quejarse, mordiéndose los labios, masticando una puteada, pero en silencio, enteros, sin quebrarse jamás. De aquí el exasperado machismo. Los valores de la colimba son la negación del mundo femenino. Más exactamente: de eso que los machos creen y dicen que el mundo femenino es. Las mujeres lloran, los machos no. Las mujeres son débiles, los machos no. Las mujeres sufren, los machos no. Las mujeres hablan con voz suave, delgada, fina, los machos vozarronean, rugen.

Todo esto –por decirlo de una vez y claramente– es nazismo puro. Toda esa pedagogía basada en la virilidad entendida como tolerancia al sufrimiento es escoria nazi. Theodor Adorno, en un texto de 1967 llamado *La educación después de Auschwitz*, reclamaba la supresión de esa pedagogía (la pedagogía del rigor) como paso esencial para la no repetición de Auschwitz. Decía: "El ideal pedagógico del rigor (...) es totalmente falso. La idea de que la virilidad consiste en el más alto grado de aguante fue durante mucho tiempo la imagen encubridora de un masoquismo que –como lo ha demostrado la psicología– tan fácilmente roza con el sadismo. La ponderada dureza que debe lograr la educación significa, sencillamente, indiferencia al dolor. Al respecto, no se distingue demasiado entre dolor propio y ajeno (...). Ha llegado el momento de hacer consciente este mecanismo y de promover una educación que ya no premie como antes el dolor y la capacidad de soportar los dolores" (Adorno, *Consignas,* Amorrortu, p. 88).

Un sargento, pongamos, que se educó "militarmente" se educó para tolerar el dolor. Si él lo toleró, ¿cómo no habrían de tolerarlo los otros? ¿Cómo no habría él, entonces, de tener el derecho y hasta el deber de infligirles el dolor para hacerlos hombres? De aquí a la tortura hay un paso. El dolor que se le inflige al torturado es para purificarlo, para redimirlo por medio de la pedagogía del dolor. El esquema es simple y cruel: quien soporta el dolor y lo agradece como herramienta de formación tiene el derecho de provocarlo en los otros. La ideología de la colimba es la ideología de la ESMA.

Esta ideología converge siempre en el crimen. Algunos hombres se resisten a hacerse hombres. Es necesario entonces castigarlos más, llevarlos a los extremos más hondos del sufrimiento formativo. Aquí es donde aparece el soldado Carrasco como concepto. Es el pobre colimba que no resistió la pedagogía del dolor. O acaso el que debía morir para testimoniar que esa pedagogía es extrema, no se detiene. Si hay que matar, matará. Porque no importa que algunos mueran en la heroica empresa de conseguir que todos sean hombres. Al fin y al cabo, los débiles siempre quedan en el camino. O porque huyen o porque no aguantan y se mueren; otra forma de huir, otra forma de cobardía. El que muere es un cobarde. Un perdedor. Un marica. En suma, una mujer.

La supresión de la colimba (determinada en nuestro país por el asesinato del soldado Carrasco) es una de las grandes buenas noticias de la época. Pero la colimba murió en los cuarteles porque los cuarteles murieron como herramienta del sufrimiento, del dolor, de la represión. No murió en la vida. No murió en la sociedad. Permanece en la policía, en la ferocidad de la sociedad de competencia, en toda concepción del mundo que diga que el dolor de los otros es necesario, legítimo. Y que algunos tienen el deber de provocarlo.



Mucho más que energía eléctrica

Desde el 1º de septiembre de 1992, nos propusimos brindar una mejor calidad de vida a nuestros 2.275.114 clientes y disminuir los costos de las actividades productivas.

Lo estamos haciendo.

- Invertimos más de 1.026 millones de pesos y la inversión del 2001 superará los 135 millones de pesos.
- Mejoramos la calidad del servicio técnico y comercial.
- Nuestras tarifas se redujeron en promedio un 18.3%.



Edenor

Edenor saluda a "Pagina 12" en su décimocuarto aniversario.

www.edenor.com.ar

Por Luis Bruschtein

La Quiaca – La Habana – La Quiaca

100 ARGENTINOS EN CUBA

Cien estudiantes de la Argentina recibieron becas para realizar la carrera de Medicina en Cuba. El compromiso es capacitarse y volver a ejercer a sus lugares de origen.

A veces las cosas buenas producen indignación. Por aquello de la mitad vacía del vaso y la otra mitad llena. Por ejemplo, una cosa buena es que cerca de cien chicos argentinos están estudiando Medicina en Cuba de manera totalmente gratuita. Son chicos de La Quiaca, de Tucumán, Santiago del Estero, de pueblos de la provincia de Buenos Aires y de Córdoba. Es una carrera con muchas horas de asistencia obligatoria por lo que es muy difícil cursarla al mismo tiempo que se trabaja. La mayoría de esos chicos no hubiera podido hacerlo en la Argentina por la situación económica de sus familias.

En Cuba les dieron todo gratis, desde el alojamiento y la comida hasta los libros. El gobierno cubano había propuesto la creación de una Facultad Latinoamericana de Ciencias Médicas con la idea de que fuera financiada por organismos internacionales. Después de todo, es el país que más médicos voluntarios lleva a catástrofes en países hermanos. Pero dijeron que era propaganda comunista castrista y, además de no poner plata, tampoco se preocuparon en hacerla por su cuenta. Cuba puso las dos cosas. Tenía un edificio libre y gran cantidad de docentes. El presupuesto fue para reciclar el edificio y para la alimentación de los estudiantes. Que comen lo mismo que los cubanos.

Estas líneas constituyen pura propaganda comunista, evidentemente. O evidentemente no. Porque si esto lo hubieran hecho en Estados Unidos, en México o en Haití, sería igual de elogiable. Pero si alguien escribiera sobre el hermoso proyecto solidario que realizaron Estados Unidos, Haití o la Argentina, nadie diría que se trata evidentemente de propaganda. Porque como el régimen cubano es comunista, queda establecido que no puede haber nada bueno o que lo bueno es propaganda. En los casos más estúpidos, muchos pensarán que hablar bien de algo de Cuba es pasado de moda.

Un ejemplo de esta mezcla de prejuicio con estupidez lo dio un funcionario diplomático menemista cuando todavía el primer grupo de estudiantes argentinos estaba adaptándose a un país distinto, con cultura, historia y costumbres distintas. El hombre convocó a los chicos a la embajada y les dio un curso sobre "la dura y terrible" realidad cubana. Uno de los muchachos le respondió entonces que el problema no lo tenían en Cuba sino en la Argentina, donde no podían estudiar porque no conseguían trabajo o porque trabajaban y que por eso estaban en Cuba.

O sea: para ellos, Cuba es parte de la solución, no del problema. Esa reacción, como si los hubieran ofendido al hablar mal de Cuba, nacía del agradecimiento y no porque no se dieran cuenta de los problemas que

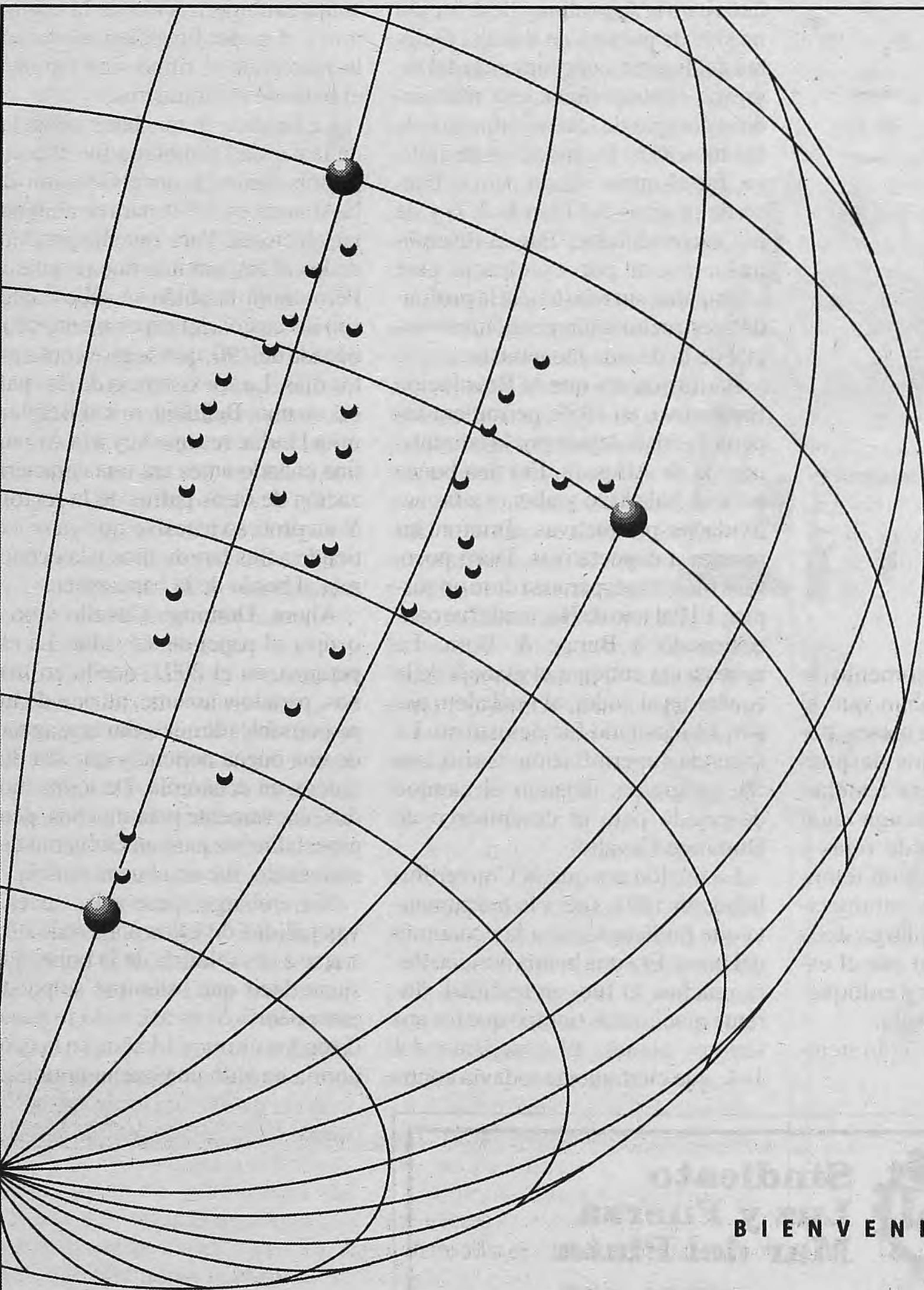


tienen los cubanos. Por el contrario, ellos tienen que convivir con esos problemas con el agravante, incluso, de provenir de idiosincrasias y culturas diferentes. Pero se ofendieron con lo que les decía este político metido a diplomático porque se dieron cuenta de que en realidad no le interesaban los problemas de los cubanos sino que hablaba con mala leche.

Cuba está sobresaturada de médicos y no necesita más. Tiene la mejor medicina y escuela de medicina de América latina. Los alumnos becados llegan a estudiar allí sabiendo que no se van a quedar al finalizar los estudios. Por el contrario, el compromiso moral de todos ellos es regresar a sus tierras de origen, casi todos de zonas rurales muy humildes de América latina.

Los muchachos argentinos obtendrán sus títulos de médico en una de las casas de estudio con más alto nivel académico y regresarán a La Quiaca, Tucumán o Santiago del Estero, a zonas donde los médicos son más necesarios que en Cuba. O sea que se trata de una actitud solidaria con la Argentina.

Que en este mundo haya una actitud solidaria es una buena noticia. Que cerca de cien chicos argentinos hayan sido becados por el gobierno de un país hermano no tendría que producir indignación. Pero a muchos argentinos les producirá la misma sensación de vergüenza que sintieron los chicos cuando el politiquero menemista les hablaba en La Habana. Porque, en definitiva, el gobierno argentino también actuó con mala leche al dar su voto contra Cuba en la ONU, accediendo a las presiones de otro gobierno al que le interesa más destruir los beneficios sociales que tienen los cubanos que resolver sus problemas económicos o de cualquier tipo.



AEROPARQUE
BARILOCHE
CATAMARCA
COMODORO RIVADAVIA
CÓRDOBA
ESQUEL
EZEIZA
FORMOSA
GENERAL PICO
GUAZÚ
LA RIOJA
MALARGÜE
MAR DEL PLATA
MENDOZA
PARANÁ
POSADAS
PUERTO MADRYN
RECONQUISTA
RESISTENCIA
RÍO CUARTO
RÍO GALLEGOS
RÍO GRANDE
SALTA
SAN FERNANDO
SAN JUAN
SAN LUIS
SAN RAFAEL
SANTA ROSA
SANTIAGO DEL ESTERO
TUCUMÁN
VIEDMA
VILLA REYNOLDS

BIENVENIDOS AL MUNDO

Aeropuertos **Argentina 2000**
www.aa2000.com.ar



La Argentina desinflada

FIN DE LA HIPER

Finalmente sucedió: tras el desmadre de la hiperinflación, llegó la estabilidad. Lo que siguió fue otra historia, pero el desinfle de la híper fue, sin duda, una buena noticia.

Por Julio Nudler

La hiperinflación era aquel estado de cosas en que resultaba más barato viajar en taxi que en colectivo porque se pagaba al final. Cuando los australes eran como ínfimos pagarés de muchos ceros, librados por un Estado fundido. Pero en 1991 llegó la buena noticia que nadie, y menos el periodismo, creyó: la inflación desaparecería con la Convertibilidad. Lo que en realidad ocurrió fue que, a partir de entonces, los precios se dividieron en tres bandos: los que siguieron subiendo, de golpe o de a poco; los que permanecieron más o menos igual, y los que empezaron a bajar. Como resultado, el promedio de todos los precios creció todavía por un par de años, y luego se quedó oscilando en torno de cero.

Pero algunos economistas comenzaron a reparar en que aquel primer grupo de precios que seguían subiendo correspondía a los bienes "no transables", así llamados porque no se exportan ni importan. Por ejemplo, el agua potable, un corte de pelo o la llamada telefónica a una tía. En cambio, los "transables", como un microondas o una PC, se volvían cada vez más baratos. Y a este fenómeno lo denominaron "distorsión de precios relativos". Este concepto servía para presagiar que quienes producían bienes transables –y entre cuyos costos figuraban diversos bienes no transables– corrían peligro de fundirse por quedar fuera de competencia, mientras que los proveedores de no transables se forrarían, sobre todo si se trataba de servicios monopólicos, en los que no podían aparecer más oferentes atraídos por el brillante negocio. Este era el caso de las privatizadas empresas estatales de servicios públicos.

Así, la buena noticia de la estabilidad empezaba a mostrar un gesto torvo. Un dólar barato, una economía desaprensivamente abierta y un mal diseño de las privatizaciones, todo ello sazonado con mucha corrupción y una alevosa ineficiencia del Estado, provocaban un veloz aumento de la desocupación. El problema no se notó al principio porque el solo hecho de que aminorara bruscamente la carrera de precios provocó un aumento en el poder de compra de los salarios, acentuado por la caída nominal en las tasas de interés, que permitía adquirir bienes durables (heladeras, autos) con cuotas mucho más bajas. Pero una vez absorbido ese benéfico impacto inicial, el proscenio fue ganado por otras noticias: el cierre de plantas, el endurecimiento de las condiciones laborales, la precarización.

Aun así era grato poder olvidarse de las pizarras cambiarias y las deprimentes devaluaciones, o empezar a poder hablar por teléfono después de años de incomunicación, y ver que todo se modernizaba y que proliferaba la oferta de bienes, rompiendo el cautiverio del consumidor. Inauguraban Puerto Madero, construían shoppings, abrían un nuevo hotel internacional cada día, agregaban decenas de canales al cable, rutas con peaje, estallaban el packaging, el management, el marketing, la www. Las multinacionales, los *hedge funds* y los *investment banks* entraban en tropel, comprando empresas y bancos, arrancando a la Argentina dormida de su aletargado aislamiento.

¿Falló algo? ¿Por qué tanta decepción, tanta violencia, tanta deuda impagable? No importa. En medio de los escombros se yergue, innegable, el mausoleo de la inflación, la que sigue siendo sólo una pesadilla del pasado. De su antiguo trono la expulsó su antagónica, la deflación, una dama que siempre promete mayores placeres a quienes saben esperar. Dejar para mañana, postergar cualquier impulso, porque todo será más fácil y barato después. En esa languidez, la economía va extinguiéndose lentamente, como envuelta en el sopor.

Si nos fuese dado volver a 1991, ¿despreciaríamos la buena noticia, preferiríamos quedarnos con la inflación como mal conocido? Probablemente pensemos que había mejores maneras de derrotarla, que no es razonable pagar cualquier precio por evitar que los precios aumenten. Pero lo cierto es que no nos es dado volver al '91, y que es preciso reconocer que las escépticos de aquel momento se equivocaron. Aseguraban que el plan estallaría en pocos meses, pero no estalló. Diez años después hay por tanto algo para festejar, aunque la celebración tenga lugar en un recinto rodeado de rejas y guardias de seguridad, con temores de *default* y un país entumecido por la recesión más larga de la historia, pero despierto por el estruendo de los bombos y enloquecido por los cortes de ruta.

¿Las buenas noticias serán siempre así?

Del Austral a hoy

PEOR ES NADA

El estado de cosas en el país es el mejor índice de que, especialmente en economía, a toda buena noticia le correspondió una desilusión posterior.

Por Alfredo Zaiat

La ilusión era que el Plan Austral, en 1985, sirviera para dejar la crisis atrás. Se frenó la inflación, se parió una nueva moneda y el horizonte de grandeza que siempre espera a la Argentina estaba al alcance de la mano. Era una buena noticia, que esperanzó a muchos de que el primer gobierno democrático luego de la dictadura pudiera encontrarle un rumbo a la economía. Fue una desilusión. Al Austral le siguieron sucesivos programas, el australito, el Primavera, que terminaron también en fracasos. El estallido fue el 6 de febrero del '89, días después de otro, el asalto al Regimiento Militar de La Tablada.

La hiperinflación fue el saldo que dejó esa experiencia. Saqueos, extensión de la pobreza a niveles inéditos para la Argentina y destrucción masiva de puestos de trabajo. Quiebra del Estado, concentración del ingreso y el poder financiero, marcando el compás de los movimientos de los ministros. La híper, en definitiva, fue el mejor aliado para el banco de pruebas del Plan B & B y de la Convertibilidad. Fue el disciplinador social por excelencia para acompañar sin resistencia la profunda reestructuración económico–social de la década menemista.

La ilusión era que la Revolución Productiva, en 1989, permitiera superar la crisis dejada por la administración de Alfonsín. Era una buena noticia. Salariazo y aliento a las actividades productivas abrieron las puertas a expectativas. Duró poco. Más bien, esa esperanza duró un suspiro. El Palacio de Hacienda fue concesionado a Bunge & Born. La apuesta era entregar el manejo de la economía al poder, al verdadero poder. El resultado fue desastroso. La segunda hiperinflación barrió con ese programa, dejando el camino despejado para el desembarco de Domingo Cavallo.

La ilusión era que la Convertibilidad, en 1991, fuera la herramienta que pudiera sacar a la economía del pozo. Era una buena noticia. Para muchos lo fue, en realidad, durante mucho más tiempo que los anteriores planes. El espejismo del 1=1, que ciertamente todavía continúa, provocó en su primera etapa un boom de consumo. Esa fiesta, financiada con el ingreso de dinero fácil para comprar empresas públicas y privadas, y para especular en la Bolsa, dejó libre el escenario para la mayor liquidación de activos públicos de la historia argentina. La apertura económica que provocó la avalancha de importados, barriendo con gran parte de la industria local, resultaba irrelevante durante el festín consumista. El voto–cuota fue símbolo de esa etapa y parecía que la Argentina ingresaba, por fin, a un ciclo de prosperidad.

Fue otra desilusión. El saldo de esos diez años es llamativamente similar al que dejaron los fallidos intentos de la década del '80. Concentración, marginación social, desempleo creciente. Un Estado hipotecado, pérdida de autonomía ante la insólita extranjerización de la economía y el poder financiero no ya sólo marcando el ritmo sino también el baile de los ministros.

La fantasía de mantener congelada la paridad cambiaria fue el compromiso asumido por el Gobierno de la Alianza, en 1999, para no ahuyentar electores. Para muchos, endeudados al fin, era una buena noticia. Pero ahora también se sabe cuáles son los costos del experimento de la década del '90, que se proyecta a estos días. La coexistencia de dos países en uno, Belindia, mitad Bélgica, mitad India, resume hoy a la Argentina cuando antes era una caracterización de otros países de la región. Y un proceso recesivo que ya se extiende a tres largos años y a la economía al borde de la bancarrota.

Ahora, Domingo Cavallo vino a ocupar el papel de salvador. La esperanza, en el 2001, quedó en manos, paradójicamente, de uno de los responsables de que todavía se aguarde una buena noticia, y que sea duradera, en economía. De todos modos, nuevamente para muchos, pero especialmente para un Gobierno desorientado, fue una buena noticia.

Sin embargo, pese a las sucesivas pálidas de estos años vale aferrarse a la sabiduría de la bobe, que suele decir que "siempre se puede estar peor". Si es así, todo lo pasado en los últimos 14 años en la economía ha sido una buena noticia.



La Unión Cívica Radical del Partido de General Pueyrredon adhiere al 14º Aniversario de **Página/12**



Sindicato Luz y Fuerza Mar del Plata

FATLYF / CTA

PERSONERÍA GREMIAL Nº 733 - POR LOS DERECHOS DEL TRABAJADOR

Desde nuestra tarea de luchar todos los días por una Energía como bien social, para una sociedad con trabajo para todos, saludamos a Página/12 en su 14º Aniversario.

Durante 29 años crecimos prestando *atención* *a la familia*



A lo largo de veintinueve años nuestros socios han comprobado que siempre les prestamos toda la atención que necesitan. Hoy más de un millón de personas cuentan con el buen trato de 50.000 profesionales y 2.500 sanatorios. Asumimos el compromiso de brindarle a cada uno calidad humana y profesional. Por eso hemos confiado nuestra imagen en la gente. Acérquese Usted también a una de nuestras 400 sucursales en cualquier punto del país.

OSDE binario
Suma Confianza

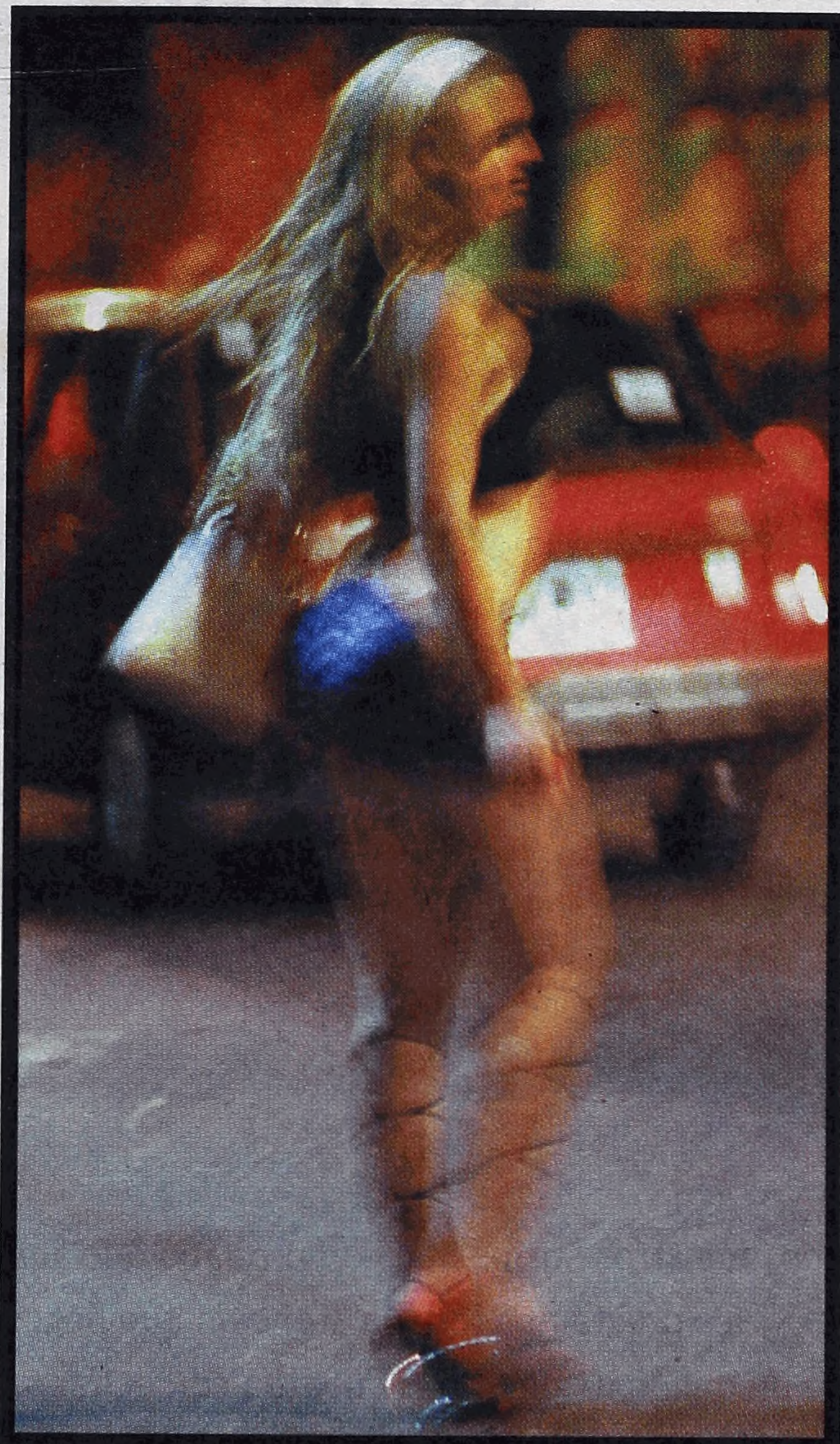
Marzo de 1998: se aprueba el Código de Convivencia

BUENOS AIRES NO DUERME

Fueron tres meses de agitación porteña: todos los interesados salieron a la calle a decir lo suyo mientras la Legislatura debatía el nuevo Código de Convivencia. Un debate sexual-moral se instaló en la ciudad, mientras la Policía Federal se aferraba con uñas y dientes a sus edictos.

Por Alan Pauls

La fiesta duró tres meses: desde la noche del 9 de marzo (cuando se aprobó por unanimidad el Código de Convivencia que ponía fin a los edictos policiales en Buenos Aires) hasta el 2 de julio (cuando los mismos legisladores que lo habían aprobado dieron marcha atrás y reintrodujeron las variables represivas que el Código –se suponía– venía a abolir). El otoño porteño, tradicionalmente lluvioso, mezquino y recatado, se convirtió de golpe en una primavera desenfrenada. Palermo Viejo, Flores y Constitución fueron los epicentros álgidos del fenómeno, pero la efervescencia se apoderó de toda la ciudad e involucró en su vértigo a todas sus instituciones. Era época escolar, pero ya en pleno marzo, mientras las blancas palomitas arrastraban hacia las aulas sus pequeños pies corrompidos por las vacaciones, los precios de los útiles y manuales, los nombres y los peinados de las maestras, la catástrofe general de la educación pública y todos los tópicos afines que suelen monopolizar esos días, fueron bruscamente desalojados por una agenda que parecía diseñada por Satanás: putas, travestis, sexo en la vía pública, zonas rojas. Buenos Aires ya no era una ciudad apta para todo público –el escenario, digamos, de "Jacinta Pichimahuida"– sino una ciudad condicionada, triple equis, entregada con inusitado fervor a debatir a qué distancia de la puerta de calle de una casa de familia podía un travesti satisfacer a sus clientes más urgidos sin transgredir la ley y otros detalles especialmente picantes de la vida sexual y moral de los ciudadanos porteños. Y lo más notable de todo era que ese estado de pornodeliberación general no era efecto de una película desbocada (estrenada tiempo después, *Romance*, de Catherine Breillat, que incluía un par de irreprochables erecciones del gran Rocco Siffredi, pasó sin pena ni gloria), ni de un evento cultural con veleidades provocativas (como los festivales de arte erótico que solía celebrar Babilonia), ni siquiera de una iniciativa sectorial controvertida (como esos megacongresos de putas que figuran en las guías turísticas de Amsterdam). No: si Buenos Aires era un foro masivo de polémicas sexuales y morales, la culpa la tenía una instancia del poder público –la Legislatura de la Ciudad– por la que nadie interesado en expandir su cabeza, animarse un poco la vida y revisar su disco duro de moral y buenas costumbres hubiera dado diez centavos.

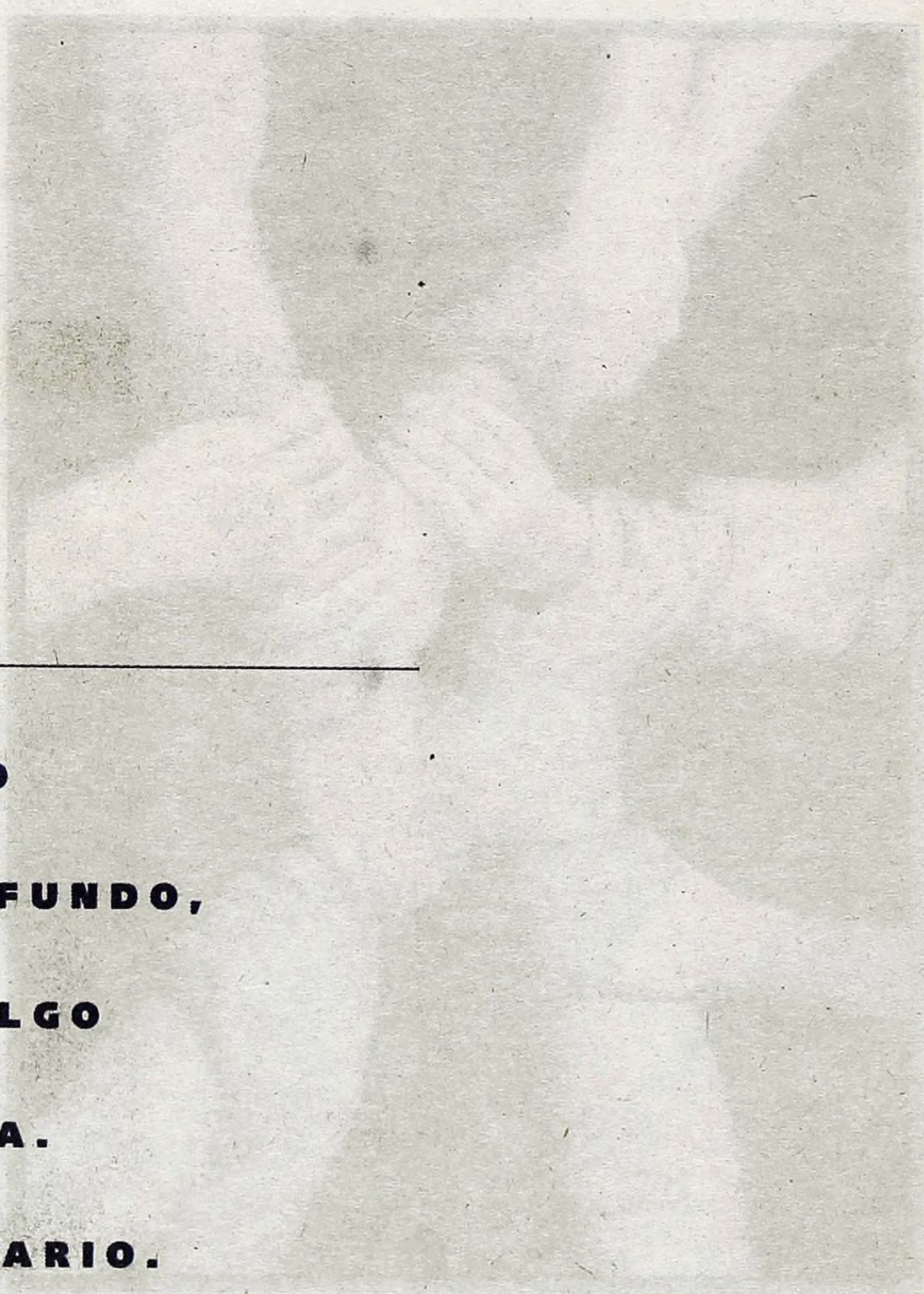


Daniel Java

Como todas las fiestas, la que acompañó la aventura cívico-sexual del Código de Convivencia terminó demasiado pronto, envuelta en una nube de sospechas, traiciones y desilusión, y con un perfil bochornosamente depresivo. Comparado con el régimen de los edictos, que avalaban una media de arbitrariedad policial de más de 400 arrestos diarios, el Código definitivo, sancionado en diciembre del '98, sigue siendo un avance, una de esas "mejorías" típicas de la política argentina, que sólo pueden justificarse invocando en tono de amenaza la violencia que dejan atrás, no sus propios méritos para promover formas nuevas de vida. Porque al reintroducir la penalización del "escándalo" y autorizar la intervención policial directa en caso de contravención, el Código se arrepiente y borra –con ese nauseabundo espíritu de moderación con que la "alta política" suele justificar sus genuflexiones o su retrogradez– el espíritu con que había nacido.

Y, sin embargo, cada vez que vuelvo a esos tres meses no puedo evitar sentir un ligero estremecimiento de excitación, como si evocara los días en que Buenos Aires era la Meca del Alegato Sexual, una especie de gran tribuna urbana donde miles de ciudadanos se encarnizaban en un *brainstorming* moral de destino completamente incierto. Una meca sui generis, por supuesto, donde el progresismo de Raúl Zaffaroni convivía con las batidas de parche de Mauro Viale o Chiche Gelblung (que condenaban la moral del sexo callejero, pero promovían su espectáculo), los travestis copaban la Legislatura al grito de "¡Hipócritas! ¡Publiquen la lista de los dueños de saunas!" y los vecinos del barrio más sensible de Buenos Aires se organizaban en logias de nombre inquietante ("Asiduos Concurrentes a la plaza Campaña del Desierto") para apedrear travestis o enarbolar slogans casi clericales ("No a la Ciudad Autónoma del Santo Travesti", "Toda la ciudad es una zona roja") y proponían "escrachar" a los consumidores de sexo callejero haciendo públicas las patentes de sus autos. Fueron meses tensos, impúdicos, salvajemente divertidos, en los que muchas cosas (cuerpos, ideas, identidades, derechos) abandonaron los sótanos donde se escondían –la clandestinidad de putas y travestis, sí, pero también la respetabilidad espantadiza de la clase media– y se volvieron *visibles*, visibles por fin, para trenzarse en una especie de trance carnavalesco que, en efecto, puso la ciudad al rojo vivo. Por una vez, durante esos tres meses, la visibilidad no fue la coartada con que el cinismo celebra los hechos consumados y la ineficacia de toda reacción, sino un fenómeno sorprendentemente estimulante, complejo, dinámico, sensible a cambios y alternativas, completamente ajeno a los buenos modales, que *dramatizaba* de manera insólita –y en la escena pública por excelencia: la ciudad– muchas de las fuerzas a menudo oscuras que animan a las personas que viven juntas en un mismo lugar.

Contrate su seguro en el ACA.
Vehículo sustituto en caso de siniestro indemnizable.
0800-888-9888
www.aca.org.ar
SIEMPRE ES MEJOR SER SOCIO
Asegure su auto con los que más saben de autos.
POR CONVENIO CON CAJA DE SEGUROS S.A.
ACA AUTOMOVIL CLUB ARGENTINO



NUESTRO TRABAJO

ES IR HACIA LO MAS PROFUNDO,

HASTA ENCONTRAR ALGO

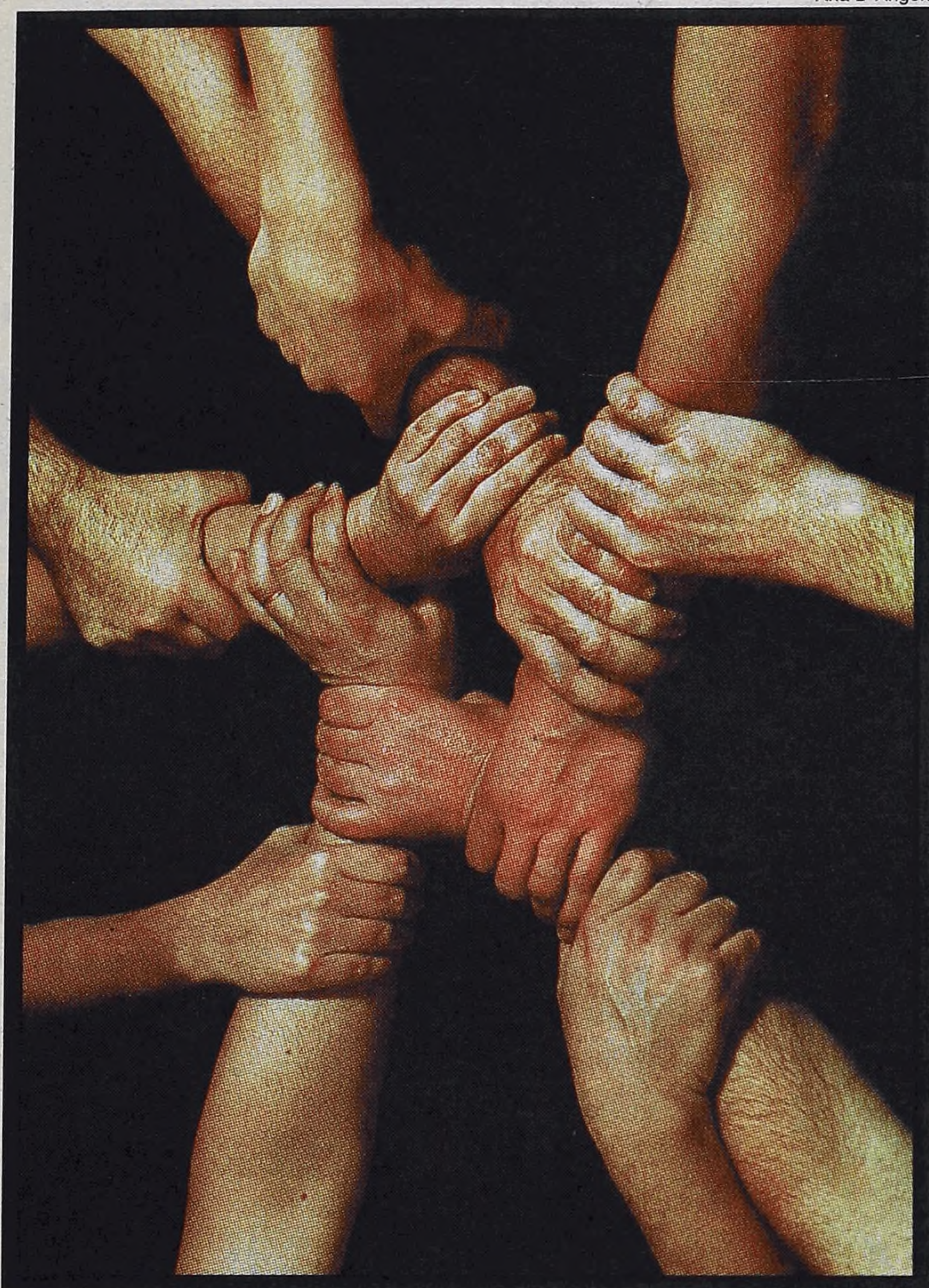
QUE VALGA LA PENA.

IGUAL QUE UN BUEN DIARIO.

Repsol YPF saluda a Página 12 en su 14° aniversario.



Ana D'Angelo



Las ONG y las organizaciones de voluntariado estallaron en la emergencia. Salieron de la sociedad civil a tapar huecos que había dejado al descubierto el Estado, e inauguraron nuevas formas de solidaridad y nuevos hábitos sociales: ante el vacío, la dignidad.

Voluntariado

HABIA RESERVA

Por Eduardo Aliverti

Algunas cocinan en comedores populares. Otros cuidan a los chicos en las villas mientras los padres están afuera. Otras recolectan comida. Otros dan cursos y talleres gratuitos en barriadas populares (de pintura, de radio, de tejido, de electricidad, de reparaciones rápidas, de manualidades varias; de tantas cosas que sólo describirlas quizá llevaría todo el espacio de esta columna). Otras y otros alfabetizan, o brindan educación sexual, o trabajan con chicos de la calle, o ayudan a levantar viviendas, o asisten a mujeres golpeadas, o protegen legalmente a víctimas del gatillo fácil y de las torturas de seccional, o instruyen sobre reciclado de materiales, o concientizan sobre los daños ecológicos.

Según los últimos relevamientos periodísticos dotados de información oficial, oficiosa y privada, hay algo así como 3 millones de argentinos cumpliendo actividades que se relacionan con la solidaridad. Una cifra un tanto abrumadora, y seguramente demasiado imperfecta. Habría que discriminar, porque no se supone que sea una ensalada con pocos ingredientes. Más bien al contrario: gente honesta, gente que lo hace gratis o por dos pesos o poniendo plata encima, gente con la única guía de su vocación de servicio, gente que no se banca no hacer nada por un "otro" que sufre; y esa otra gente a la que la inocencia le queda muy lejos y que hasta vive de la solidaridad en sus formas de especulación personal o de grupo. Habrá "fundaciones" que lavan y "organizaciones no gubernamentales" que establecen primero una relación de costo-beneficio donde lo solidario cuenta ocho cuartos, y entidades que (se) aprovechan para la elusión de impuestos. Pero como quiera que sea y por mucho que se pueda y deba restar, es indesmentible que hay un formidable número de personas dedicadas a colaborar con otras. Aun cuando el "filtrado" implique tachar a cientos de miles.

Quizá siempre haya sido así y quizá lo sea en todas las sociedades de este mundo. Sin embargo, no por nada el hecho despierta atención. En los últimos años, la prensa oral y escrita se vio plagada de todo tipo de notas en las que –partiendo inclusive de lo afirmado por los propios activistas solidarios– se habla de "las nuevas formas de militancia". Y en efecto, no parece hacer falta alguna investigación profunda para determinar los cambios registrados en la percepción de cómo se puede hacer para no pasar la vida mirándose el ombligo.

En los 70, era cuestión de militar, ayudar o simpatizar con algún partido u organización política claramente definidos como tales y con la meta más vociferada que oculta de querer cambiar el mundo. Vino luego, para expresarlo en términos de aquellos años, la derrota aplastante del "campo popular". Y más tarde la "primavera democrática", que desde el alfonsinismo contra "la rabia de Perón", rejuntados de izquierda e inclusive derecha partidizada –Ucedé– recuperó algo de la mística participativa. En ese sentido de organicidad militante dirigida a horizontes mayores, los 90 menemistas acabaron con todo. Es justamente elperíodo en que se desarrolla el crecimiento al parecer explosivo de las llamadas estructuras solidarias, donde las excepciones habidas y por haber confirman la regla de que no se trata de cambiar sustancialmente nada sino de mitigar mínimamente algo. En la misma dirección crítica, se podría afirmar que al fin y al cabo no hay más que un lavado de conciencia culposa por parte de sectores de la burguesía que, como de costumbre, termina siendo funcional al sistema (puede ser cierto, pero sólo en parte, como toda observación lineal, y además hay mucho apoyo activo de sectores populares entre sí).

El punto es que semejante "ejército de reserva(s)" demuestra, para el autor de estas líneas, que hay una nada despreciable base –no las bases, es cierto– en potenciales condiciones de sumarse, algún día que hoy no se ve, a la conquista de objetivos que superen a la mera solidaridad. Siendo que ésta tiene también su propio valor. Es una buena noticia, pero sobre todo una noticia a desarrollar.



Escuchamos ideas para que dejen de ser ideas.

Para que se puedan concretar sus proyectos.

En su vida familiar, profesional o empresaria.

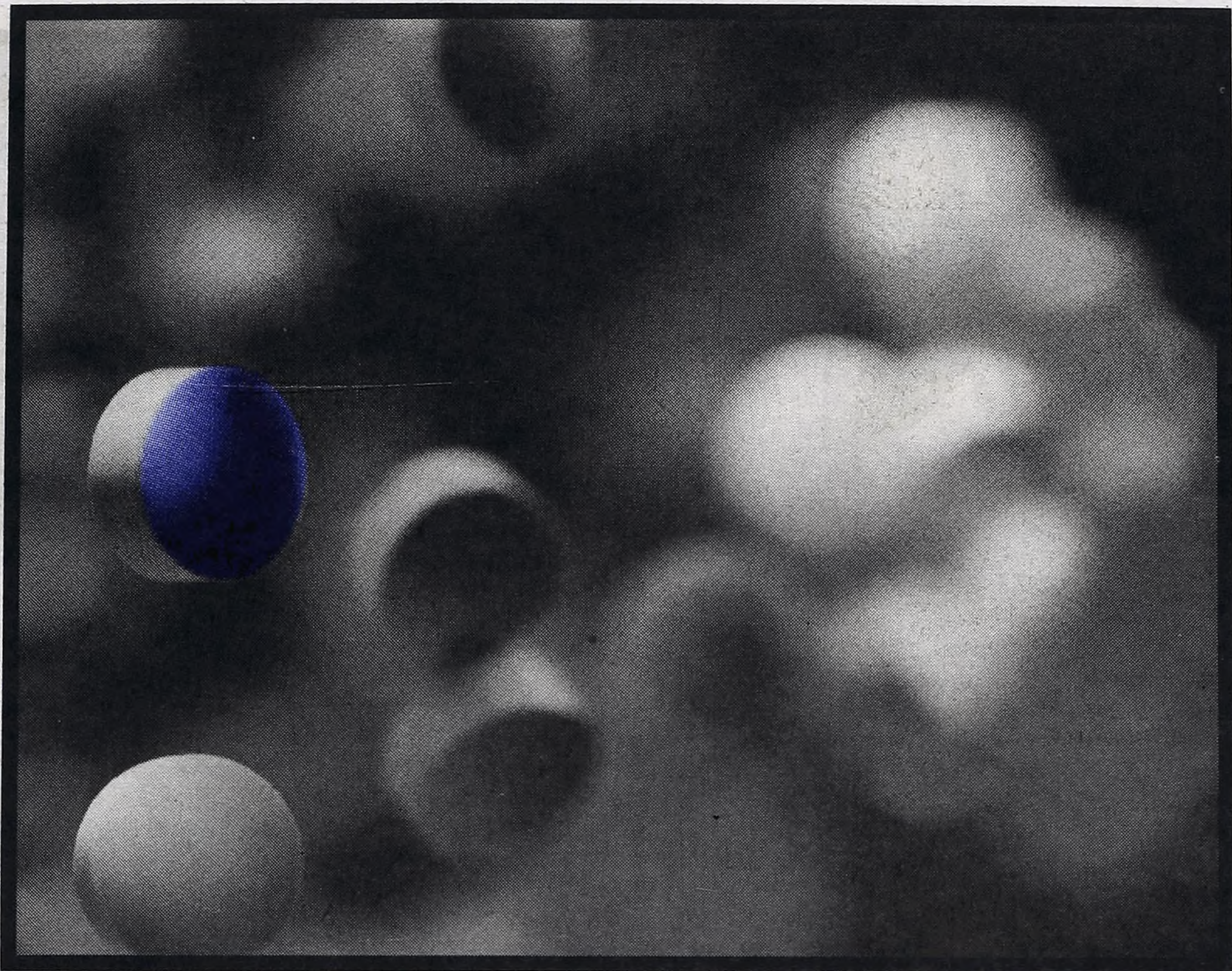


La Banca Solidaria.



El Honorable Concejo Deliberante de General Pueyrredon saluda a Página/12 al cumplirse 14 años de su aparición.

La vacuna contra el vih no llegó, pero las combinaciones de drogas que combaten el virus y retrasan su avance convirtieron el sida, en muchísimos casos, en una enfermedad crónica comparable a la diabetes o al asma.



Salud

UN BRINDIS POR EL COCTEL

Por Andrea Ferrari

Javier dice que no piensa en la muerte. O tal vez sí, pero muy de vez en cuando. Para él ahora el vih es como la diabetes o el asma: una enfermedad crónica. Desde hace tres meses toma pastillas. Siete, aclara, siete pastillas cada día. Pero no se queja. Los que la pasaron realmente mal, afirma, fueron los de antes. Y cuando habla de antes se refiere al antes de los cócteles, esas combinaciones de drogas que dieron vuelta la vida de mucha gente. Como Carlos.

Las primeras noticias del cambio se oyeron en 1996. Hasta entonces, sostiene Carlos, decir sida era casi como decir muerte.

–Te daban el diagnóstico y vos preguntabas: ¿cuánto me queda de vida?

Eso preguntó él allá por 1994. La médica le dijo que, si se cuidaba, bastante. Pero todo se fue complicando, lo golpeó el sarcoma de Capozzi y después esa afección en las piernas que no lo dejaba caminar bien. Hasta entonces se trataba con AZT, con 3TC. El lenguaje de Carlos está lleno de letras, números, de términos médicos, pero de pronto se vuelve directo, como cuando dice: uno tenía la idea de que llegaba el fin.

Fue entonces cuando su médica le habló de los cócteles. El había leído algo en los diarios sobre esa combinación de inhibidores de proteasa con otras drogas que lograban bajar la carga viral. Pero hasta que ella no se lo explicó no terminó de entender de qué se trataba: era convertir al sida en una enfermedad crónica. En ese momento su vida dio un vuelco.

–Al principio tomaba veintitantas pastillas por día. Las tomaba todo el tiempo. Salía de mi casa con una heladerita, para no romper la cadena de frío.

Después las drogas fueron mejorando: se redujeron los efectos adversos, el número de pastillas y la cantidad de tomas diarias. No es un tema menor, explica Javier, porque si uno toma pastillas a cada momento lo convierte en algo público.

–No podés ocultarlo. En el trabajo, ante los amigos... porque muchas veces vos no querés que todos sepan que sos seropositivo. Por la discriminación y por no preocuparlos. Incluso dentro de la familia, porque hay gente que oye vih y sigue pensando en la muerte.

El no. Javier dice que uno se acostumbra, que al final tomar las pastillas es como cepillarse los dientes a la mañana. El miedo se lo sacó ver a los que andan por la vida llevando el virus encima hace diez o doce años. Vivos.

Los datos oficiales dicen que desde que en 1982 se inició la epidemia en el país murió el 25 por ciento de los enfermos. Pero con el cóctel las cifras cambiaron. Entre 1997 y 1998, la mortalidad cayó un 8,5 por ciento y un año después había disminuido un 12,2 por ciento más. No hay datos de 2000, pero todo indica que la tendencia se acerca al Primer Mundo, donde la mortalidad cayó hasta un 80 por ciento.

La cuestión es la *adherencia*, dice Carlos. Tomar conciencia, tomar las pastillas.

–Ahora el que no quiere no se muere.

Pero Javier diría que la cuestión también es aceptarlo. Porque al principio todo se resume a un resultado, una cifra en un papel. Y el cuerpo, como si nada.

–Uno no siente nada y te dicen que tenés que tomar todas esas pastillas y no lo querés aceptar. Pero de pronto pasa algo, fallece alguien, como un amigo mío hace dos semanas, y tomás conciencia de lo que es.

Y que es para siempre. Porque la ilusión de *negativizarse*, una idea que sobrevoló entre algunos pacientes durante un tiempo, quedó descartada. Ahora saben que el virus sigue allí, aunque gracias a los cócteles ni siquiera se detecte en los estudios. Saben que si abandonan el tratamiento, reaparece.

Por eso se trata de tomar la medicación. Pero antes, hay que conseguirla. Aún hoy no siempre es fácil. Sigue habiendo hospitales donde un día falta una droga; otro, el reactivo. Y lugares donde hay que hacer largas colas para llevarse apenas una parte de lo que se necesita.

Después del descubrimiento de los cócteles, las metas en el campo del sida pasaron por dos lugares. El primero es democratizarlos, un objetivo aún lejano en lugares como Africa, donde miles mueren por no tener acceso a las drogas.

El otro es la cura. La vacuna que aún no se consigue.

–Hasta que aparezca, vamos a tener que seguir tomándolas –dice Carlos– No hay otro remedio.

Pero no es poco.

Saludamos a Página 12 en su 14º aniversario.

Molinos

La empresa de alimentos más importante de la Argentina.

Ana D´angelo



Médicos y aborto

LA VOZ DE ALARMA

Hace dos semanas, este diario dio a conocer la primera encuesta realizada entre ginecólogos sobre el aborto. El 65,3% de ellos lo consideraba el problema de salud pública más relevante. Un paso adelante en la responsabilidad social de los médicos.

Por María Moreno

Las buenas noticias recogidas en catorce años pueden ser de hace apenas una semana. En la nota "Los médicos dieron la alarma", firmada por Marta Dillon y publicada por este diario el 14 de mayo de 2001, se registran los datos de una encuesta realizada por el equipo de Area Salud del Centro de Estudios de Estado y Sociedad (CEDES): ocho de cada diez médicos que hacen sus prácticas en hospitales públicos de Buenos Aires están de acuerdo en que la despenalización del aborto reduciría la mortandad materna. El 65,3 por ciento de los 500 profesionales interrogados considera que el aborto es el problema de salud pública más relevante del país. El apoyo a la despenalización se registró en un 38,5 por ciento de los casos. La voz de los profesionales resitúa una experiencia que, cuando sale a luz, suele hacerlo pivoteando entre dos extremos: la comprobación alarmante de la estadística y la especulación filosófica encuadrada en el marco jurídico. Laura Klein muestra en su ensayo "El aborto en cuestión", publicado en el número 3 de la revista *La Gandhi argentina*, la dificultad de encuadrar al aborto en el marco de los derechos humanos. A pesar de reconocer que en este país la resonancia de la expresión "derechos humanos" hace que cualquier intento de cuestionarlos pueda ser leído como un argumento a favor de la justificación del genocidio, es decir que equivalga a "hablar a la esfinge", Klein advierte la imposibilidad de anudar libertad política y libertad sexual y cómo el recurso a los derechos humanos implica compromisos que el aborto rehúsa soportar. Al aborto le quedarían chicos la noción de "persona", "libertad", "propiedad" que le exige la medida jurídica. Los que se oponen a la legalización afirman que la vida es sagrada, que el feto es un ser humano, por lo tanto el aborto es un crimen.

Los defensores del aborto legal dicen que el feto no es un ser humano desplazando el valor vida a la de las mujeres. "Son hipócritas quienes dicen defenderla condenando a las mujeres que abortan, prefiriendo la vida potencial a la real, condenado infelices a nacer, apoyando la pena de muerte, bendiciendo guerras y genocidios", glosa Klein, quien concluye que "perseguido por el fantasma de violar los derechos humanos, el aborto deja de ser el acto en el cual una mujer decide no tener un hijo para convertirse en el meollo donde se juega la de definición de "ser humano".

Para Klein, cuando no se calla sobre el aborto se habla de él desplazándolo: de *poder* a *derecho* ("Se habla del derecho de las mujeres a abortar como si no tuviésemos ese poder..."). El aborto es ilegal, abortar es delito penal y las mujeres abortan igual. No tienen el derecho, pero tienen el poder (desigualmente), requisando cómo los defensores de la vida se comprometen en actos de muerte, llevándolo hacia atrás –nadie llamaría armas mortales al forro o el diafragma– hasta bautizarlo "último recurso anticonceptivo" o especulando en qué momento cronológico empieza el valor "humano".

La agrupación Coordinadora por el derecho al aborto reniega de la escolástica y no requiere de más precisiones (como dice una de sus integrantes, la activista feminista Mabel Bellucci, "no levanta un discurso acorde con lo que quiere escuchar el poder: derechos reproductivos, salud reproductiva, anticoncepción previamente chequeada por la Iglesia").

Klein interrumpe sus objeciones para dejar claro que en los países donde el aborto es legal no mueren menos cigotos sino menos mujeres, que el aborto prohibido no es el embrión protegido, que el Estado que prohíbe abortar no defiende –y da constantes pruebas de esto– la vida sino el derecho a la vida.

La experiencia de la que los médicos encuestados por el CEDES son testigos y en la que deben intervenir –55.000 mujeres se internan cada año por complicaciones derivadas del aborto clandestino– acaba con el idealismo y vuelve el aborto a su lugar: el de un poder impotente que desangra a las mujeres fuera de la ley. La función técnico-política de los médicos es fundante en la Nación Argentina: fueron médicos –entre otros José Ingenieros, José María Ramos Mejía, Francisco de Veyga– los que definieron al ser nacional a la manera de un modelo psicopatológico que criminalizaba a la inmigración al mismo tiempo que sostenía su sueño europeísta; sus intervenciones iban de la universidad al hospital, de los fueros de la policía a los del ejército, de la vida cultural a la banca en el Congreso. Fueron también médicos los que regularon los deseos femeninos a través de la figura de la histeria y generaron el pase del diván al sillón –la expresión es de Jorge Balán– en el espacio psicoanalítico primero que extendió luego singularmente su dominio en todas las esferas de la vida social y política de los argentinos. Como fue necesaria la presencia de miembros de la corporación médica para regular la vida y la muerte en los campos de exterminio: de sus manos salía tanto el cadáver comprobado como el botín de guerra. Las palabras dichas a las encuestadoras de CEDES, fuera de la presión a la denuncia policial y en el respeto del anonimato, no son actos, pero la buena noticia es que pueden indicar un compromiso con éstos: que los médicos se pronuncien para hacer menos impotente un poder fuera de la ley, desagregar a la dimensión trágica del aborto la alternativa de desangrarse en una autogestión mortal o aborto clandestino. Como escribe Laura Klein, "Las mujeres ejercen un poder al que no tienen derecho: tienen el poder de infringir la ley. En él reside la fuerza que hace valer la lucha por su legalización".

CASINO Buenos Aires

Casino Buenos Aires felicita al personal y directivos de Página 12 por catorce años de trabajo ininterrumpidos, siempre abocados a la búsqueda de la verdad e informando a sus lectores objetiva y desinteresadamente!.





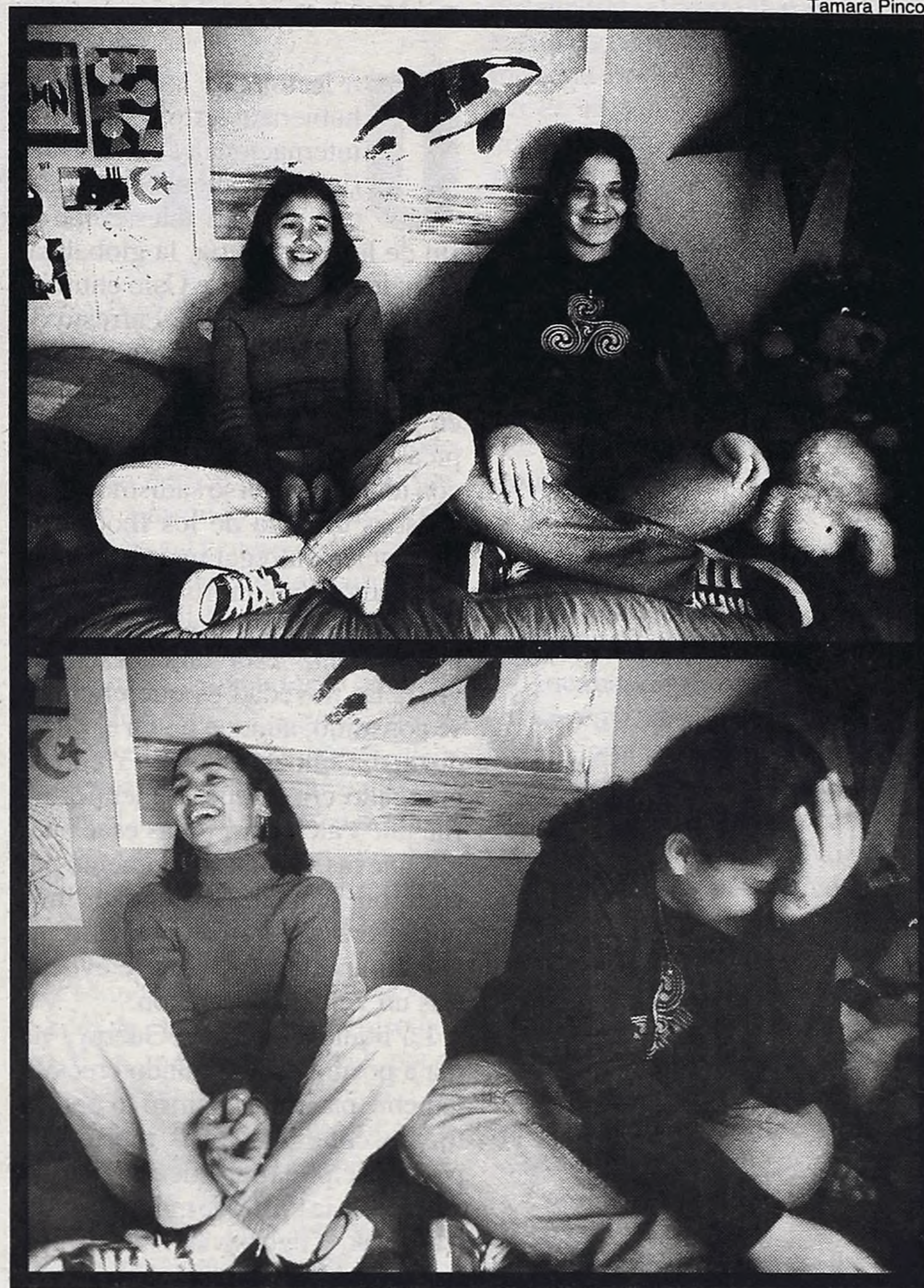
Elvira Rawson de Dellepiane s/n. - Puerto Madero. Tel: 54 11 4363 - 3100

Adolescentes

CATORCE

Por Sandra Russo

Lucía y Andrea nacieron en 1987, el mismo año que este diario. Ellas fueron, para sus padres, las mejores noticias de ese año. Hoy son adolescentes que combinan visitas al Museo de Bellas Artes con suspiros por los Backstreet Boys. Y a las dos las preocupan sus padres: los notan muy cansados.



Tamara Pinco

Lucía nació el 11 de enero de 1987. Andrea, el 26 de marzo. Cuando este diario salió a la calle por primera vez, probablemente ellas eran el ombligo del mundo en esas casas en las que las noches se entrecortaban todavía por sus berridos. Y en esas casas y en las vidas de sus padres, Lucía y Andrea fueron seguramente la mejor noticia de aquel año. Hoy las dos tienen la misma edad que **Página/12**. La prodigiosa condición humana las ha convertido en adolescentes y en testigos de este tiempo: argentinitas de zapatillas bien gastadas y clases de canto y plástica, chicas cautas y despiertas que, a diferencia de otras generaciones que pasaron el trance de los catorce rebelándose contra sus padres, no se quejan de esa convivencia y están preocupadas por ellos: los ven cansados, agotados.

Lucía vive con su hermana menor y su madre en San Telmo. Andrea con su hermana mayor y sus padres en Parque Chacabuco. Las dos son compañeras en el segundo año del colegio El Taller, de San Cristóbal, donde la orientación a la Comunicación Social se complementa con materias artísticas. Definitivamente habitantes de un país que ha hecho pasar a la prehistoria categorías tribales como las que separaban a los amantes de la música comercial y a los de la música progresiva, Lucía y Andrea dicen que escuchan con placer a Los Beatles o a Divididos, pero las dos son fanáticas de los Backstreet Boys. Lucía es fan de Brian. Andrea, de Nick. Cuando se les pregunta qué les gusta de ellos, no intentan profundizar en sus respuestas: "Son lindos", dicen, o "Tienen buena voz", aunque la risa que les explota en la cara hace pensar que ni ellas se lo creen. No hay ninguna contradicción en que los Backstreet las hagan suspirar y que ellas alternen esos suspiros con visitas al Museo de Bellas Artes o al Centro Cultural Recoleta. Van con sus padres o solas.

Los catorce son una edad brava: una adolescencia que despunta, el cuerpo que se impone, la vergüenza que aflora, cierta vaga incomodidad las ronda. Las dos se mueven en un grupo de chicas y dentro de ese grupo a algunas, dicen, las dejan salir de noche y a otras no. Ni Andrea ni Lucía despotrican, no parecen ansiosas por ganarle a sus vidas centímetros de libertad que les hagan sentir más grandes de lo que son. Consensúan programas para que nadie falte, y ahí aparece el shopping como el templo de cara al cual enfilan los chicos de esa edad. Hay grupos que se mueven adentro de los shoppings: son hongos protegidos para ir a melonear en banda, antes de que los padres los pasen a buscar por la puerta. "Pero a mí no me gusta ir al shopping si no es para ir al cine. Me gusta ir para algo, no por ir. Para pasear, prefiero la calle, sentirme libre en la calle", dice Lucía, cuyos padres se separaron cuando ella tenía cinco años. Le duele todavía aunque intente disimularlo, pero comprende –"es lógico", dice– que si dos personas no se entienden, se abran. A su papá se había acostumbrado a verlo mucho porque él estaba sin trabajo. Ahora que está ocupado lo ve menos, y siempre, antes y ahora, lo ve menos de lo que querría. Andrea, por su parte, tiene un hogar estable en el que, sin embargo, los domingos "son difíciles": "Mi papá y mi mamá se sientan los domingos a hacer cuentas. Mi papá hace una agenda de las tareas que tiene cada uno para toda la semana, y hace cuentas. Y las cuentas no le dan. Yo lo veo ponerse mal, los veo a los dos preocupados. Los domingos no me gustan".

A las dos, en su momento, en la escuela y en sus casas les han hablado de educación sexual, aunque sin detalles demasiado precisos. Aparato reproductor, prevención de embarazo adolescente, etcétera. La primera menstruación les llegó allá por los doce.

En el colegio, cuentan, los grupos de chicos cada vez son más cerrados. Varones con varones, chicas con chicas. Grupitos de cinco o seis que no se abren a otros grupitos. ¿Por qué creen ellas que con el tiempo han emergido esos subgrupos con un mínimo de contacto entre sí? Lucía sentencia, con la claridad espeluznante de sus catorce años: "Cada uno se queda con la gente con la que se siente seguro. Cada uno busca seguridad. Seguridad es lo que no hay afuera, entonces te quedás con las cuatro o cinco personas que te inspiran confianza".

Cuando hacia el final de la charla se les pregunta qué cosa, qué arte, qué materia, qué tema de conversación les parece interesante, qué puede llegar a mantenerlas despiertas aunque se mueran se sueño, sobre qué hablan sin fijarse la hora, qué las moviliza y qué las conmueve, Lucía y Andrea se ríen con esa eterna risa de catorce años: "Y... los chicos", dicen. Obvio.

Banco de la Provincia de Buenos Aires

Desde 1822

El primer banco argentino saluda a PAGINA 12 en su 14º aniversario.

www.bapro.com.ar
0810-22-BAPRO
(22776)



Un banco para todos

El mundo

LAS BUENAS NUEVAS DE AYER

Por Claudio Uriarte

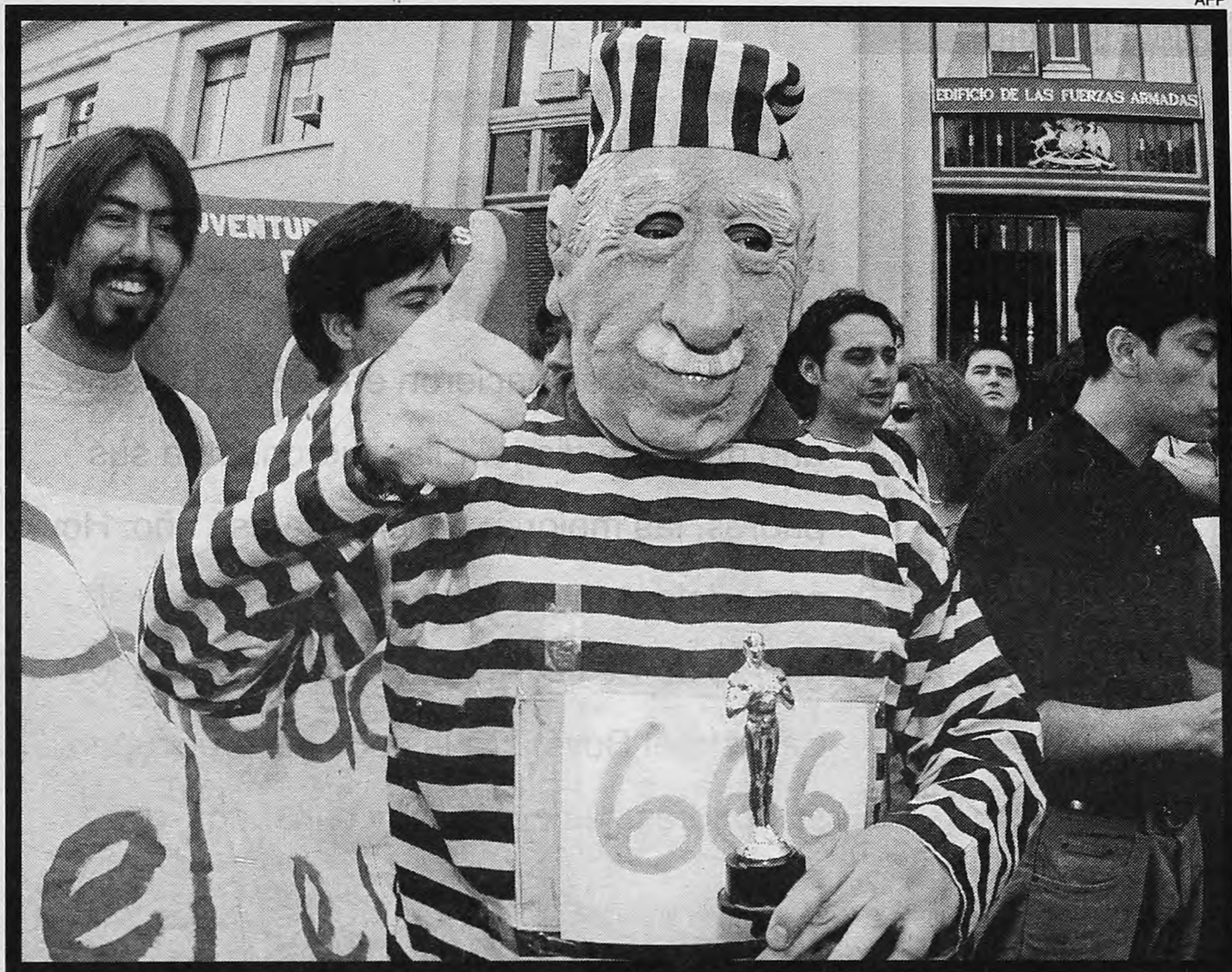
Un lector que hace 14 años hubiera abierto las páginas internacionales de este diario y se hubiera encontrado con noticias tales como el fin de la Guerra Fría, la globalización, los acuerdos de Oslo entre israelíes y palestinos o el arresto de Augusto Pinochet en Londres habría estado plenamente justificado en pensar que se trataba de una típica edición del 28 de diciembre, con todo el perverso sadismo de los chascos del Día de los Inocentes, que suelen entregar una noticia tan anhelada como improbable, del estilo de "ganaste la lotería", o "Cameron Diaz está enamorada de vos". La novedad es que el chiste se consumó, aunque no en el plazo de un día sino de 14 años. Y con un agregado cruel: que la mentira no fue tal. Vale decir: todas esas buenas nuevas, que en su momento parecieron señalar el inicio de una nueva era general de progreso, se han cumplido, pero hoy se evocan tras un velo de decepción.

La liquidación de la Guerra Fría iba a posibilitar un mundo crecientemente pacífico. Ocurrió lo opuesto: las contradicciones reprimidas por la disciplina del orden bipolar estallaron en la forma de múltiples guerras (Irak, Yugoslavia, Chechenia), limpiezas étnicas y erupciones separatistas (Yugoslavia, Ruanda, Cáucaso, Indonesia), escaladas armamentistas (India-Pakistán, Irán-Afganistán, China-Taiwan, EE.UU. contra el resto del mundo), o terrorismo en una escala inusitada (Japón, EE.UU., Kenia, Tanzania). Con la globalización pasó algo parecido: iba a iniciar una nueva era de prosperidad universal, basada en el libre comercio y en las nuevas tecnologías de la información, y orientada por la racionalidad del interés económico común. La experiencia aniquiló esa ilusión: la prosperidad fue arbitrada desigual e irracionalmente según los intereses de los jugadores más poderosos; la dependencia de las economías nacionales del humor de los mercados convirtió a las crisis de México en 1994, del sudeste asiático en 1997 y de Rusia en 1998 en cataclismos globales, mientras el propio impulso globalizador de los países dominantes generaba su contradicción interna en la forma de dos reacciones simétricas: desde la derecha, el nuevo racismo xenofóbico, antiinmigrante y violento (como en Alemania, Austria, España, Francia e Italia); desde la izquierda, un ambiguo anticapitalismo testimonial en que se mezclan proteccionismo sindical, nacionalismo cultural y rebelión antisistema estudiantil de clase media.

Las supersticiones del fin de las guerras y de prosperidad de mercado se sincretizaron en Medio Oriente en los acuerdos de Oslo entre israelíes y palestinos en 1994, basados en la conjetura de que la terminación de la Unión Soviética y la conveniencia de consumir en vez de pelear y morir llevarían a un entendimiento. Otra vez, la realidad no fue tan razonable: un fundamentalista israelí nada irrepresentativo mató a Yitzhak Rabin en 1995; cinco años después, Yasser Arafat rechazó la mejor paz que podía lograr de Israel y lanzó a su pueblo a una masacre.

El arresto de Pinochet en Londres por orden de un juez español en 1998 alentó la ilusión de una "globalización de la Justicia". El precedente fue inequívocamente positivo contra la impunidad dictatorial, pero su hiperbólica magnificación interpretativa no se verificó: la medida fue contra un ex dictador ya impotente, y nadie soñó con replicarla contra otro en ejercicio; constituyó el resultado de la ley del más fuerte (España y Gran Bretaña) y no de una ley internacional consensuada: nadie puede imaginarse –por caso– a un juez chileno ordenando el arresto extraterritorial de un español sospechado por la represión ilegal de los GAL contra la ETA, o de un inglés acusado de torturas en el Ulster.

Cualquier adulto sabe que la superación de un problema sólo plantea otro más complejo. Y, en la hobbesiana ley de la selva de las relaciones internacionales, esto es todavía más así. Interpretando hegelianamente, cada buena nueva trae dentro a su impredecible opuesta: la buena noticia de hoy puede volverse la mala de mañana, o la ilusión que evocaremos como el mero futuro de ayer. No obstante, y gracias al mismo principio de incertidumbre que moviliza su despliegue significativo, también puede devenir el tosco e imperfecto anuncio de un futuro mejor: "Qué enfermo parece todo lo que nace", como escribió el poeta Georg Trakl.



AFP

El fin de la Guerra Fría, los acuerdos de Oslo entre israelíes y palestinos o el arresto de Augusto Pinochet en Londres fueron algunas de las grandes buenas noticias internacionales de los últimos años. Pero no todo lo que relucía era oro.

SALUDA
A PÁGINA 12 EN SU
14º ANIVERSARIO.



Organización Techint

Cumplir con la gente, mantenerla informada. **Cumplir** con la noticia, ser confiable, creíble. **Cumplir** con el sueño de hacer un diario distinto. **Cumplir** los objetivos, día tras día, apostando siempre a cada lector.

Mejor que cumplir años es, simplemente, Cumplir.

14 años de **Página 12**
Un diario que cumple, siempre.

Télam www.telam.com.ar

Por Osvaldo Bayer

El 9 de noviembre de 1989

EL MURO HABIA CAIDO

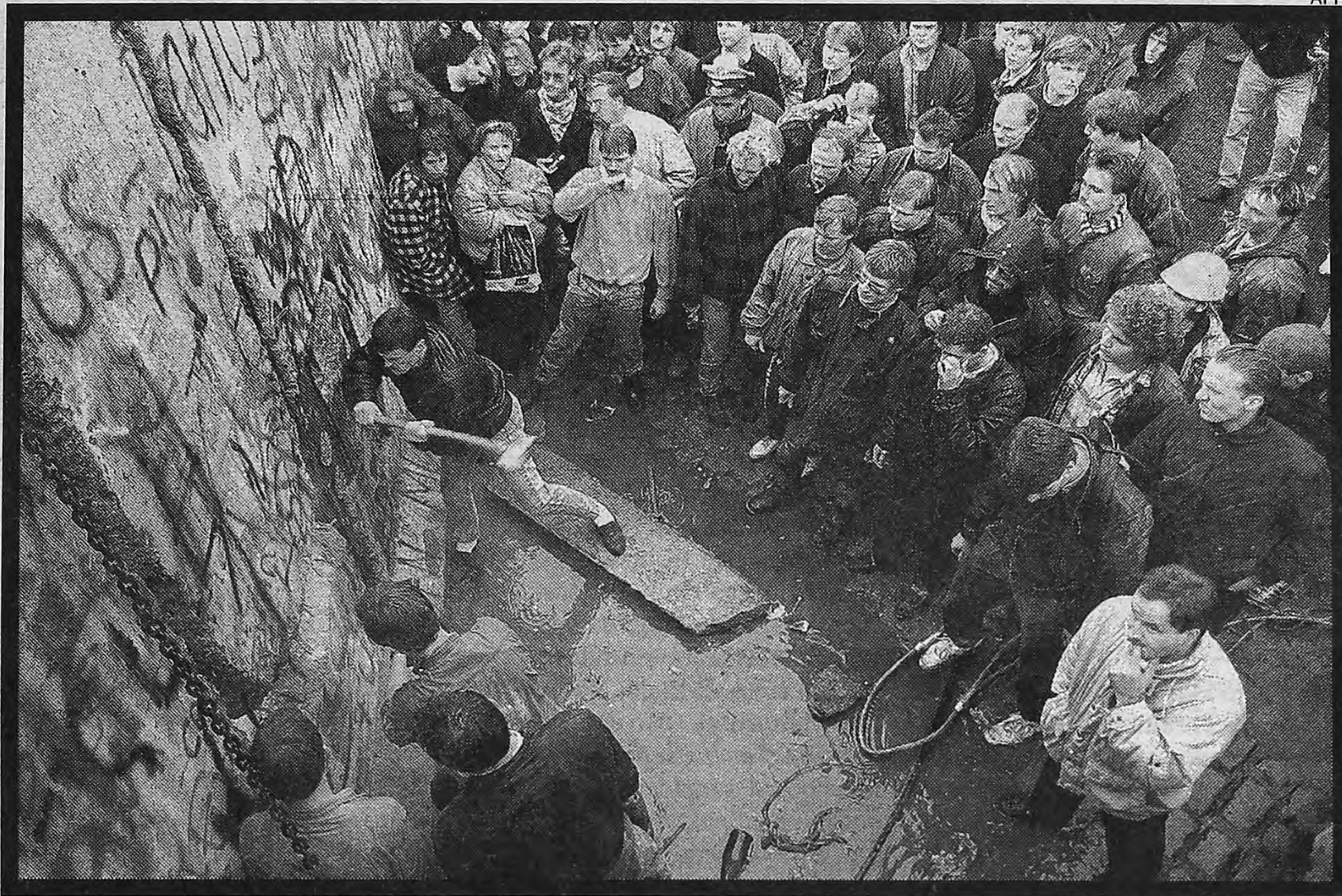
Recuerdo esa noche del 12 de agosto de 1961. No se pudo dormir del ruido de camiones que pasaban –uno tras otro– por la histórica avenida Unter den Linden, en el centro del Berlín-Este, capital de la República Democrática Alemana, comunista. Dos días antes habían invitado a periodistas extranjeros con urgencia a Alemania del Este, señalándonos que nos esperaba un gran acontecimiento. Ya en Berlín, el 13 a la mañana, el secretario de prensa del gobierno comunista alemán nos reunió en el hall del hotel y nos dijo que íbamos a presenciar la construcción de un muro que dividiría Berlín, al Este del Oeste, separando la parte comunista de la capitalista.

Este hecho resultaría un acontecimiento fundamental en la historia del presente y ayudaría, sin ninguna duda, a la caída definitiva del bloque socialista casi tres décadas después.

La movilización era total: todos los camiones del país más los soldados, los albañiles y trabajadores de todos los oficios apilaban bolsas de material y esqueletos de hierro, mientras los guardias detenían a toda persona que quería a último momento trasladarse a Occidente.

Los periodistas no comprendíamos muy bien el porqué de una medida tan drástica. (Yo me imaginé un muro en medio de la calle Rivadavia a lo largo de todo su curso.) Después de visitar esquinas claves, donde se había detenido el tránsito, se nos reunió en el Ministerio del Interior para explicarnos que el muro era la única posibilidad de la República Democrática Alemana de poder desarrollar su plan económico socialista y la aplicación de sus leyes. El cambio de moneda estaba cuatro a uno, favorable al oeste capitalista. De manera que los habitantes del Berlín occidental venían a comprar todas las mercancías al este a precios irrisorios y dejaban sin pan, alimentos, verduras y frutas al este. Que los estudiantes del este, apenas se recibían en el este –donde las universidades eran gratuitas– luego se marchaban hacia el oeste donde percibían sueldos muy superiores al este. Se calculaba que el éxodo mensual era de treinta mil personas jóvenes y con títulos profesionales.

AFP



El autor de esta nota fue testigo, en 1961, de la construcción de esa monumental pared que dividió durante casi tres décadas a las dos Alemanias. Y fue también testigo, en 1989, de su caída, que implicó la necesidad de repensar el mundo. Siguen existiendo, no obstante, otros muros invisibles.

"La única manera de llevar a cabo el socialismo –finalizó el funcionario comunista– es pues cerrar todas las puertas al mundo capitalista y tratar de realizar nuestro mundo".

El gran error había sido de Stalin, cuando en los años de finalización de la guerra cambió con los aliados la mitad de Berlín por el Estado de Sajonia, dejando así media Berlín en poder aliado. Estos, ni cortos ni perezosos, hicieron de esa media ciudad, una posesión absolutamente capitalista, una isla en medio del mundo comunista. Ahora, todo se escapaba por ahí; el dinero de Occidente hacía posible mostrar la superioridad económica del capitalismo.

En la noche del 8 de noviembre de 1989, estaba yo cenando en el barrio de Kreuzberg, en el Berlín occidental, cuando la radio transmitió una noticia sensacional, increíble: el gobierno comunista alemán había abierto el Muro y todos los orientales podían visitar los barrios occidentales. El Muro había caído. La crisis del comunismo explotaba y había que darle salida por algún lado. Nada mejor que abriendo el Muro. Salí apresuradamente de mi domicilio y me dirigí al Muro. Era increíble lo que se veía: la corriente de peatones que venía del este era interminable y también la fila de pequeños autos que recibían una especie de "bautismo de fuego" por los occidentales, que los balanceaban como si fuesen góndolas. Los recién llegados compraban Coca-Cola en todos los puestos callejeros que se habían abierto repentinamente, y hacían durar la bebida en sus botellas para mostrarlas como un botón de distinción, como que ellos podían también ahora.

Esa noche, el Muro había caído definitivamente. La historia tomaba otros cursos. Los diarios y revistas occidentales ofrecían ediciones extras y los ciudadanos de los dos mundos se abrazaban en las salidas y entradas del Muro, ahora ya abiertas.

Se amplía así el sueño de las manifestaciones de Leipzig, en la parte comunista, desde hacía semanas, que exigían la caída del Muro y un país libre. Pero al mismo tiempo sostenían que debía respetarse el sistema socialista, con sus leyes de paridad.

Han pasado ya más de diez años. ¿Valió la pena la caída del Muro? Sin ninguna duda que sí en el aspecto de la libertad. Pero también esa libertad puede servir ahora sólo para abandonar el país o permanecer eternamente desocupado. Las provincias del este se han ido convirtiendo cada vez más en las regiones pobres. La cuota de los sin trabajo es 2,3 por ciento más alta que en el oeste. Se han perdido 200.000 puestos de trabajo. En octubre, el número de desocupados por largo tiempo aumentó en un diez por ciento referido a dos años atrás. Pero lo que más daña es la desocupación juvenil: 150.000 son menores de 25 años, 15 por ciento más que 1998. Podríamos seguir con las cifras. La libertad cuesta cara, más cuando se reduce a ir a formar parte del escuadrón de la gente de segunda categoría.

Los luchadores de Leipzig, aquellos que querían las mismas leyes sociales, pero en libertad, fueron desilusionados. El muro de cemento, cayó. Los muros invisibles en la sociedad continúan.

EL BANCO SUDAMERIS SE SUMA A LOS FESTEJOS DE PAGINA 12 EN SU 14° ANIVERSARIO.



BANCO SUDAMERIS
GRUPO INTESABCI

Tte. Gral. Perón 500 - Capital Federal - Tel.: 4323-5000 - www.sudameris.com.ar


Fotomontaje Alejandro Elías

Medios

EL FUTURO ERA LA TELEVISION

Por Carlos Polimeni

La explosión de la TV por cable fue uno de los fenómenos tecnológicos más importantes. Cambió hábitos y costumbres. Hoy hay pantalla para todos los gustos.

No existían ni Internet ni los teléfonos celulares. No existían ni el compact disc ni el fax. No existía la agenda electrónica. En 1987, cuando **Página/12** salió a la calle, la redacción era un estruendo de máquinas de escribir, y una asamblea por los derechos de las palomas a poner huevos en las ventanas del edificio podía durar horas. Nadie decía fashion o cool ni había campañas contra el consumo de tabaco. La palabra trucho había empezado a incorporarse al lenguaje de todos. El siglo XXI quedaba muy lejos y todos los años aparecía un diario nuevo, que prometía verdades e investigaciones especiales a rolete. No existían los shoppings e ir al cine equivalía oler a pis de gato. "La" película del año era *Hombre mirando al sudeste*. Faltaba un poco para el auge de los videoclubes y el paddle, y las Pascuas no eran exactamente felices. En la cámara lenta del recuerdo, las cosas eran aceleradas, pero sucedían en blanco y negro, en un país que también se llamaba Argentina, en el cual parecían existir, todavía, los sueños colectivos. Casi no existía el zapping.

Internet, los celulares, los CD, las PC hubiesen sido notas del suplemento **Futuro**, si el suplemento **Futuro** hubiese existido. Pero el futuro en los 80 era algo que quedaba muy lejos, un concepto como de acto de escuela primaria. Como si el *no future* de los punks hubiese triunfado, pero no por el lado fúnebre (*no hay futuro porque en el futuro todos estaremos muertos*) sino por el lado up, o pop (*no hay futuro porque todos estamos vivos*). Sin embargo, una parte del futuro real estaba al alcance de todos, sólo que no todos se daban cuenta. La caja boba, el electrodoméstico idiotizante, era el futuro. El futuro de entonces, que es el presente de hoy, era la televisión por cable. Estos 14 años han sido los del tránsito de la civilización del homo sapiens a la civilización del homo videns. Hay quienes ven en esto el Apocalipsis. Otros, más integrados, suponen que significa un paso hacia adelante en los procesos democratizadores de la cultura. El mundo al alcance de todos, sin salir de casa.

En 1987 si había rumores de una renuncia de ministro, los periodistas volaban hacia la Casa Rosada, el ministerio o la quinta de Olivos. Hoy vuelan hacia la tele, donde TN y Crónica TV pasan de un momento a otro el *material sin editar*. Antes, si se jugaba un partido de fútbol importante en Praga, había que rezar para que llegaran los cables: hoy lo dan en directo, por alguno de los varios canales de deportes. En aquel pasado en blanco y negro, la Policía y la Gendarmería solían reprimir a mansalva a las manifestaciones, sin más preocupación que el ojo avizor de los fotógrafos. Hoy, las cámaras de TV operan como herramienta antirrepresiva (aunque, claro, también en algún momento se apagan, con el perdón de Luis Clur). Las campañas políticas terminaban por entonces con gigantescos actos de masas. Hoy concluyen en los programas de tele si es que no concluyen en avisos diseñados por publicistas que luego venden alfajores, gaseosas, telefonía, autos. En los 80, para aprender a cocinar había que apagar la tele: hoy parece que hay que encenderla. Hay tele para embarazadas, para bebés, para menores de 4 años, para niños, para jóvenes, para adolescentes, para interesados en el sexo y para sexópatas, para hipocondríacos, para jubilados, para amantes de los animales, para devotos del clima. Adiós, Doña Rosa, nadie la extrañará.

Es maravilloso, y puede ser esclavizante, tener acceso al mundo sin salir de casa. Siempre que se tenga claro que la televisión es una representación del mundo. Porque la explosión del cable y los sistemas satelitales ha generado un nuevo tipo de espectador, que cree que participa en aquello que sólo ve. El que se siente deportista por mirar un partido, ecologista al sintonizar un especial sobre la depredación de la fauna en la Amazonia, combativo al observar una manifestación contra el arancelamiento universitario, gourmet si ve el canal de los chefs y viajero ante las maravillas de un documental sobre Borneo. No es casual que Marc Augé (¿no es acaso la televisión el *no lugar* por excelencia?) ande por el mundo hoy, recordando que el viaje real, el de salir de un lugar, exponerse, conocer otra gente, cambiar de idioma, tener miedo, ansiedad, inseguridad, no puede ser reemplazado por formas supuestas del viaje. No se viaja ni se navega de verdad por Internet: son expresiones metafóricas.

El modo en que en la Argentina se disparó la televisión paga, metáfora de la privatización de todo, ha sido una revolución silenciosa, tan gradual como el paso del tiempo. "El mundo es azul", exclamó Yuri Gagarin, el primer cosmonauta, cuando vio la Tierra desde el espacio. Por un efecto inexplicable para los legos, una habitación con la televisión encendida también se ve azul, si es de noche, y las certezas descansan.

Ciudad

LA CONSAGRACION DE LA

Por Sergio Kiernan

Como un correlato que acompañó señales políticas que dieron cuenta de la buena memoria, en el ámbito cultural y en el urbano también surgió en estos años una actitud cuidadosa con el pasado y con la noción de patrimonio.

Como una planta abajo del asfalto, a palo de crisis y como buscándole sentido, creció la memoria. Es como que se recuerda más y, sobre todo, como que vamos sabiendo por fin que lo que pasó, lo de antes, tiene algo que ver con lo que nos pasa y con lo que nos va a pasar.

Así creció la memoria de los actos públicos: la corrupción ya no es más como el clima, algo fuera de nuestro control, algo de lo que no vale la pena ni quejarse. Emir está preso en su jardín de rosas, Menem está nervioso, símbolos de que el vale todo puede terminarse.

Videla es un taxi de los años 60: un adefesio incomprensible para los adolescentes, un monstruo que advierte sobre los sueños criminales de la vieja Argentina. Y Videla está preso, preso pese al apriete de la corporación militar, preso aunque Brinzoni rechine, preso pese a perdones e indultos. No fue desde el Estado o la política que se logró sino desde la memoria emperrada de un sector de la sociedad. Creció la memoria de HIJOS que buscan a padres, que buscan su nombre original y real, que muestran que la cosa no terminó y va para muchos años, emparchando identidades, tejidos sociales, perdones. Creció la memoria de las cosas que vuelven a contar: el tango –y no nos importe París sino las milongas atorrantas ahora llenas de pibes–, las calles, los edificios.

Se salva el silo inglés de Puerto Madero, una maravilla de ladrillo y fierros escondida en la orilla del río, tan lindo que hasta Le Corbusier –que propuso formalmente demoler Buenos Aires y volver a construirla– quería preservarlo.

¿Alguien duda que antes hubieran demolido las estaciones de Retiro? Ahora valen por viejas y nos estamos dando cuenta de que ya no sería posible construirlas, por su costo y porque ya no se hacen esos hierros planos decorados, ya no hay yeseros como aquéllos, ya cerraron las fábricas de las cerámicas mayolicadas que forran las boleterías.

Como de luto, envuelto en trapos negros, El Molino espera. Hubiera caído piqueteado en demolición, sus paredes Art Nouveau pulverizadas o tiradas de a pedazos en un baldío, las lámparas mal vendidas por anticuarios. Hubiera caído como cayeron varios de sus vecinos de belleza pura de la Avenida de Mayo, rotos para que algunos se hagan ricos con esas cajas de zapatos que la afean tanto. El Molino espera y ya eso dice que se salva.

Lola Mora ahora es un tesoro, y las tetas de sus Nereidas se muestran en toda su gloria, gracias a una Costanera reciclada en algo así como el estilo que tuvo hace tantas décadas. Esas piedras blancas, esas agüitas, están ahí porque nos acordamos de Lola y le buscamos un hogar. Enfrente, cerquita, otro sobreviviente, la cervecería que ahora guarda teléfonos.

No es cosa de moda ni de hacer listas de salvatajes. Es el símbolo, en piedra y ladrillo, de algo que nos anduvo pasando en estos años. Praga es Praga porque nadie nunca demuele nada, aunque los checos no son un pueblo de iluminados, no tienen una revelación propia, un don civilizado frente a los bárbaros. Pero los checos saben oscuramente que Praga "mo-

Feliz
14°
Aniversario

BUENOS AIRES
PARA TODOS
GOBIERNO DE LA PROVINCIA

MEMORIA

dernizada", rota para progresar, sería una ciudad más, muerta, irrelevante.

Cuidar a un país es cuidar sus cosas y sus gentes. En la economía que rige la cabeza de cada uno parece que no sabemos, hoy, cuidar a las gentes: los médicos hablan de pacientes que se enferman porque los hijos se van del país, se llevan a los nietos. Y hablan cada vez más. Los veinteañeros se acostumbraron a despedir a sus amigos que se van a probar suerte.

Tal vez para compensar la dolida pasividad que tenemos con este éxodo, nos envolvemos en la frazada de lo que somos. Suenan las murgas, se mira de nuevo lo viejo, se aprecia el sur urbano. Si no estamos así rodeados, ¿qué somos?

Deportes



LO PISADO, PASADO

Por Juan Sasturain

Juan Román Riquelme no descubrió la Bombonera, pero un día de 1996 la Bombonera lo descubrió a él. Y se dejó pisar, igual que la pelota. Se entabló así un vínculo que se constituyó en una de esas noticias que dejan huella y dejan marca.

"En el segundo piso de su decaído castillo, hacia marzo de 1571, Miguel de Montaigne inventó el ensayo", dice Bioy. Si es por fechar, aquel alarde más o menos arbitrario que inaugura el prólogo a *Ensayistas ingleses* de Ediciones Jackson, una brillantísima antología de 1946, autorizaría de algún modo lo que sigue: "Hacia la media tarde de un domingo de otoño de 1996, Juan Román Riquelme pisó por vez primera la cancha de Boca". Es también un acontecimiento. Porque esa *pisada* documental de Riquelme tiene por lo menos un doble sentido en términos de sello, de registro de propiedad y de identidad. Huella y marca. Fijó una huella sobre el césped y una marca sobre la pelota.

La huella –de Hillary a Armstrong– es una señal de presencia inaugural: aunque el joven Riquelme no descubrió la Bombonera, sí la cancha lo descubrió a él. La huella establece una relación entre el pisador y el ámbito hollado que tiene algo de desvirgue recíproco: ni el lugar ni el pisador serán de ahí en más los mismos. Se conocieron y el efecto es irreversible. El espacio pierde algo con la ausencia de quien no ha *pasado*, simplemente, por él, sino que lo ha *pisado*. Y el pisador nunca será el mismo pisando en otra parte porque los tapones no tapan, fijan. El plus de sentido es recíproco.

Pero el joven Riquelme que holló la Bombonera y se desplazó con elegancia y sabiduría por el sector derecho del mediocampo, según lo dispuesto por el facultativo Bilardo aquella tarde de otoño del '96 ante sus rivales de Unión de Santa Fe, no sólo pisó el campo; pisó la pelota. Y dejó una marca. Registró una marca. Los documentos tienen dos formas de registro de identidad y pertenencia: la huella y la firma. Cuando Riquelme pisó aquella tarde la pelota por primera vez, la firmó. Y el vínculo que establece el pisador firmante con la pisada pelota firmada también lo determina recíprocamente. Los términos de ese vínculo son evidentes: obediencia –casi lealtad, si cabe– a cambio de protección y buen trato. Y ese pacto entre la pelota y el pisador es para siempre. Más allá de las conyugales connotaciones de posesión avícola que implica la pisada, es evidente que se aman. Basta verlos juntos.

Entre los que aman a la pelota, es decir, entre los que no la maltratan sino juegan con ella, le dedican tiempo y atención prioritaria –no importa cómo les llegue, pero sí que se vaya contenta– poniendo énfasis en su ulterior destino cierto, hay dos maneras de quererla: que ella vaya arriba, que ella vaya abajo. Y sus múltiples variantes, claro. Gruesa, acaso injustamente, Diego es de los malabaristas creativos; Román, de los clásicos contenedores. Lo que va del empeine a la suela. Lo de Diego es el placer de salir, sacarse; lo de Román, la plenitud de estar, quedarse. Las apoteosis del vértigo y el Zen.

Riquelme –saludablemente– atrasa. Riquelme (se) entretiene con la pelota, con la vida en general y resulta *un mal entretenido*, como decían de los gauchos que usaban su tiempo y su aptitud sin mirar a los costados los usos, costumbres y necesidades de sus utilitarios (potenciales) patrones. Por eso Riquelme atrasa. Porque no sólo pisa el césped y pisa la pelota sino que pone todo –la vida, los negocios, los afectos– bajo la suela. Y los protege con el cuerpo.

En algún momento más o menos cercano, Riquelme pisará la pelota y/en la Bombonera por última vez. Se irá dejando huella y marca. Las pasiones son fáciles de fechar por el arranque, como los aparatosos volcanes, que una vez puntual e inolvidable entran en erupción. Los amores son más fáciles de fechar en el final, el dibujo es más claro cuando se acaban o interrumpen: en eso son más, como los ríos. Por eso los poemas de amor son siempre tristes; nadie escribe mientras es feliz, está muy ocupado en serlo. El poema de Riquelme y la pelota, la Bombonera bien pisada contará el agujero que quedó, la memoria de la felicidad que fue. Como diría Vallejo: "El día más triste de mi vida no ha llegado todavía".

Página/14

Y QUE CUMPLAS MUCHOS MAS...



BANCO HIPOTECARIO

e-potecario.com
www.e-potecario.com
del Banco Hipotecario

DESDE 1886 CUMPLIMOS EL SUEÑO DE MILLONES DE ARGENTINOS

PARA MAYOR INFORMACION ACERQUESE A CASA CENTRAL, RECONQUISTA 101.


AFP

Por Rodrigo Fresán

El 2000

HABER LLEGADO

Llegar al 2000 era una fantasía alimentada año tras año desde que éramos chicos. Fue precedida por todo tipo de profecías apocalípticas y una cuota de ansiedad considerable. Pero llegamos, y lo resistimos.

Las buenas noticias –como todas las monedas, como unas cuantas personas- tienen dos caras. Me explico: difícil encontrar una buena noticia pura y perfecta y que conforme a todos con su potencia evangélica, porque lo que para algunos es bueno suele ser, en más de una ocasión, catastrófico para otros. Me explico un poco más: la bienvenida conclusión de la Segunda Guerra Mundial no fue necesariamente una buena noticia para alemanes y japoneses (de acuerdo, eran "los malos de la película", pero...) así como la final del Mundial 78 de fútbol no les debe haber causado la menor gracia a los holandeses, pienso, creo, estoy seguro.

Así que lo que me interesaba a mí era –para esta ocasión y rodeados como de costumbre por noticias del tipo pésimo, malo, regular, más o menos– invocar la memoria de ser posible próxima y recordable sin problemas de una buena noticia que conformara a todos.

Como cabía esperarse, me llevó bastante más tiempo de lo que esperaba.

Lo primero en lo que pensé fue en eso de "la lectura del genoma humano", pero todavía –teniendo en cuenta lo que hizo el hombre con aquella "buena noticia" de la dominación del átomo– están por verse los resultados de semejante aventura ya enrarecida por intrigas vaticanas, batallas de patentes y laboratorios, y pésimas películas de ciencia-ficción.

Después recordé la caída del Muro de Berlín, pero días atrás vi por televisión un documental sobre jóvenes alemanas neonazis y habitantes de la parte oriental del asunto que pasaban el tiempo pateando subsaharianos con euforia de IV Reich y la verdad que se me pasaron un poquito las ganas.

Y no creo que a nadie le interese demasiado que yo haya encontrado en Internet y por diez dólares un libro de John Cheever fuera de catálogo que venía persiguiendo desde hace casi veinte años, ¿no?

Entonces caí en el lugar común que no lo es tanto. Pensé: no hay mejor noticia que estar vivo, que haber llegado. Recordé los idus del 31 de diciembre de 1999 cuando las conversaciones y los noticieros desbordaban de agurios apocalípticos y el nombre de Nostradamus se pronunciaba, por una vez, más que el de Alan Greenspan. Recordé los temores milenaristas ante cataclismos informáticos y profecías ancestrales. Recordé que al final nada ocurrió, que aquí estamos igual que antes y que siempre, que la trascendente línea que separaba al siglo XX del XXI y al segundo del tercer milenio se cruzó con un paso y a otra cosa. Nada tan grave ni difícil después de todo. La aventura continúa y con la aventura continuamos nosotros.

El otro día leí que "el eco del Big Bang aclara la historia del universo primitivo". Todos los días leo cosas así en los diarios. Cada día que pasa sabemos algo más acerca de nuestro propio misterio y eso me parece una buena noticia porque la sabiduría bien aplicada implica la posibilidad más cierta de mejorar las cosas.

Hace un poco más de cincuenta años que el hombre descubrió las herramientas necesarias para destruir el mundo que habita. Es cierto que en cinco décadas nos las hemos arreglado para arruinar con entusiasmo y dedicación buena parte de este planeta que nos soporta con elegancia y resignación. Nos hemos convertido en esos inquilinos que no vacilan en maltratar el departamento que han alquilado pero, aun así, aquí estamos todavía cuando todas las leyendas nos advertían que para el 2000 seríamos expulsados por un propietario cansado de nuestra mala educación y de que nunca pagáramos el alquiler en fecha.

La noche aquella del 31 de diciembre de 1999 vi por televisión los diferentes festejos a lo largo y ancho del mundo mientras las doce campanadas se iban dejando oír aquí, allá y en todas partes. Algunas de las celebraciones eran cursis, otras elegantes, algunas frías y algunas casi bordeaban la histeria. Pero, por una vez, todas parecían comulgar en un sentimiento donde cabía la felicidad boba por aparecer frente a las cámaras, el temor sagrado a esa abstracción del tiempo y el alivio porque no pasó nada. Pero algo pasó. Por una vez estábamos todos juntos y festejábamos una buena noticia que no dejaba a nadie afuera: alguien nos había renovado el contrato.

A ver si ahora, habiendo llegado, cambiamos un poco.

Cambiamos para mejor, para mucho mejor, para que no nos cueste tanto encontrar una buena noticia cada vez que alguien nos pide que salgamos en su búsqueda.



MANEJÁ EL FUTURO

Cultura

ARRIBA EL SOTANO

Por Juan Forn

En los últimos años hubo mucho ajetreo cultural. Y entre los incontables lugares de Buenos Aires en los que fue y sigue siendo posible el disfrute del cine, de las bellas artes o de la literatura, el ICI sigue brillando.

Hay cosas así: cosas que nos alegran con el tiempo, no cuando empiezan a pasar. No lo registramos tanto en el momento como después. No sé si eso califica como una buena noticia de estos catorce años. Para mí se le parece bastante y sé que empezó hace catorce años, aquello de lo que voy a hablar, pero no podría decir en qué momento fue, o empezó a ser, una buena noticia para mí. Lo que sé es que me gustó de entrada, cuando fui por primera vez y también que cuando me quise dar cuenta ya me parecía un lugar que prometía algo bueno, siempre. Hablo del ICI, de ese sótano raramente aireado (¿o no es un lugar donde uno se olvida de que está bajo tierra?) diseñado por Clorindo Testa sobre los cimientos (o catacumbas) de la Librería Española, en Florida casi Plaza San Martín.

Creo que eso es lo que más me gustó y me gusta del ICI: que uno va, hasta el día de hoy, sabiendo que raramente no va a haber algo de interesante para arriba ahí: sea en las paredes, en los paneles, en los shows, en los videos o en la gente. Y lo digo por la negativa porque me da la impresión de que así se juzgan esos lugares: una vez que se da por sentada su calidad (una vez que impactaron lo suficiente como para ganarse la confianza de uno), tienen como la obligación de no dejar caer el nivel. Como si ellos mismos nos hubiesen impuesto esa vara para medirlos. Y el ICI se la aguanta. No lo digo como un juicio de valor sino como una sensación que se tiene ahí adentro (fíjense que no digo ahí abajo): hay como cierto sentido de pertenencia que genera el ICI, creo que son muchos los que lo sienten como un lugar propio, al que van como habitués (aunque vayan una vez al año) porque se han llevado algo bueno de ahí alguna vez, o varias. En mi caso, por ejemplo, fue un lugar donde vi cosas que me partieron la cabeza (estoy pensando en una muestra de Pablo Suárez, entre varias otras cosas que quedarán para otra oportunidad), de conocer a tipos fascinantes que escribían libros fascinantes (estoy pensando en Enrique Vila-Matas), de ver películas fascinantes (como *El desencanto*, esa obra maestra de Jaime Chávarri sobre los hermanos Panero), de escuchar cosas impresionantes (Virgilio Expósito cantando "Naranjo en flor" solito con un piano Yamaha). Y, por si eso fuera poco, en el ICI pude darme el gusto de presentar libros de mis tres mejores amigos. Un verdadero placer: hablar de libros que me gustaban mucho y de personas que no podían caerme mejor, para gente que le interesaba (por una, otra o ambas razones). Perdón por el exabrupto personal, pero me parece que todo esto que estoy escribiendo es más bien personal (sea ésa la consigna de este suplemento, o no). De hecho, creo que así es la relación con el ICI, para muchos. O al menos eso siento yo en el aire cada vez que voy: una especie de sensación compartida de que ahí pasaron grandes cosas y seguramente volverán a pasar (si no están pasando en ese mismo momento). Y fíjense que estoy hablando de un ranking privado de buenos momentos; no de las movidas grandes que se han armado en el ICI o gracias al ICI (y que, insisto, ya habrá oportunidad de comentar como se lo merecen). Creo que es realmente fenómeno que existan lugares así. Hacen bien. Literalmente hacen bien, en una ciudad como ésta, en un país como éste, viniendo como veníamos de la época de la que veníamos. Y, encima, no decaen. Ni cierran. Ni cambian el "espíritu" que los caracteriza. Cambian, sí; tienen que cambiar, para seguir; cómo no cambiar si lo que hacen es una programación, cada mes, cada año (cada generación, me atrevo a decir con cierto escozor por la espalda). Cambian, y siempre hay algo. Eso es lo bueno que tiene un lugar así. Que siempre pasa algo, que siempre aparece algo, que lo lleva a uno a decir: ahí tienen una buena noticia de estos años, el ICI.

Alejandro Elías





Desde 1993, 3 millones de habitantes accedieron a los servicios de agua o cloaca.
Trabajamos para que al finalizar el quinquenio 1999-2003 se incorporen 1.500.000 personas, en su mayoría, de los sectores de menores recursos.
La inversión para todo el Plan de Obras es de 1.106 millones de pesos.
El aporte de nuestros clientes y accionistas, junto al trabajo cotidiano de los empleados de Aguas Argentinas, lo hace posible.

www.aguasargentinas.com.ar

La recuperación del medio ambiente necesita obras.
Construimos más en menos tiempo.



Aguas Argentinas
Un compromiso permanente con la vida.

FOCUS

MAÑANA

Por J. M. Pasquini Durán

Es tan ingrata la actualidad que, en realidad, la mejor noticia que se puede recordar en un aniversario es la oportunidad para celebrar algo. Ya es bastante bueno que, después de catorce años, estas páginas sigan alumbrando a diario, teniendo en cuenta las calamidades sorteadas en el mismo plazo. A pesar de todo, en la memoria colectiva de la democracia, apenas un poquito mayor que **Página/12**, existen noticias mejores, pero casi siempre el péndulo compensador de la historia las desquició con otras mucho peores, aumentando la dosis de pesimismo en los antecedentes que sirven para palpitar el futuro. Así, por ejemplo, puede anotarse en la columna positiva la refundación democrática de América latina, pese a todas sus imperfecciones, pero en el otro plato de la balanza la historia depositó las tripas reventadas del sueño socialista. Está el memorable juicio que condenó al rejuntado de canallas, mas luego llegó el indulto a desbaratar la cosa juzgada. Dado que el relato de la historia siempre se escribe con la conciencia del presente, que es incierto y agobiante, van quedando en suspenso las auspiciosas remembranzas para cederle el paso al terco aguafiestas. Sin embargo, la desesperanza o el escepticismo no tienen por qué ser el destino manifiesto de estas tierras del sur ni de sus pobladores. Por eso, es saludable el esfuerzo de seleccionar con ánimo positivo, aunque sea para que el balance final no ayude a que la depresiva realidad cotidiana de hoy se salga con la suya del todo.

Para esquivar las notas del desaliento, un atajo posible y a la moda sería hurgar en la vida privada de cada uno. Ahí siempre aparecerán nostalgias bonitas. Una pareja, una iniciación, una ida con regreso, a lo mejor el rescoldo de una felicidad fugaz que entibia como si fuera para toda la vida. En la adolescencia de los catorce años, es más que probable toparse con hallazgos de ese talante. Para empezar, hace catorce años, no hubo mejor noticia que el parto inaugural de ese primer ejemplar, manchado y feúcho como casi todos los recién nacidos, producto del esfuerzo de unos cuantos, repetido tantas veces desde entonces que aquel milagro se volvió rutina. "Al fin habrá un diario nacional irreconciliable con cualquier tipo de dictadura", exclamó esa madrugada, radiante, Osvaldo Soriano, uno de los padres de la criatura. Ese Quijote de alma, con pinta de Sancho, ya no está para ofrecer nuevos augurios ni tampoco estará el próximo año en la fiesta de quince, pero su presagio de entonces conserva la vigencia de los mandatos inagotables. ¿Será que las mejores noticias, para alcanzar ese rango, deberán perdurar en el tiempo, desafiando la ley de las compensaciones?

Los que han gastado varias adolescencias en el propósito verdadero de cambiar la vida en comunidad, a lo mejor elegirían a las mejores noticias sin tantas vueltas, ya sea porque ayudan a fabricarlas o porque tienen mejor disposición para detectarlas. Son los que analizan las compensaciones de la historia a la inversa que los demás. En vez de resignarse a que el indulto canceló el valor del juicio inolvidable, reavivan sus comprometidos entusiasmos en la idea de que Videla, Massera y otros reos de la misma catadura perdieron de nuevo su libertad, por confortables que sean sus prisiones domiciliarias, y en que a ellos los seguirán otros muchos que hoy, a lo mejor, descansan en la confianza de la impunidad para sus delitos. En lugar de incomodarse por los inconvenientes que causan los cortes de calles y rutas, reciben al movimiento de piqueteros sin prejuicios ni sospechas alarmistas, como una buena noticia, porque los imaginan patrullas avanzadas de enormes contingentes de pueblo que vendrán después con las olas de rebeldías mundiales que ya presienten zigzagueando en la geografía del globo, de Seattle a Praga, de Porto Alegre a La Matanza. Cuando un liderazgo desmaya o desaparece, cuando un sendero llega a tierras baldías, jamás piensan que el horizonte es inalcanzable, sino que se trata de recargar las pilas para seguir adelante, probando otras rutas inexploradas, seguros de que la historia compensará los reveses a cambio de la confianza que depositan en la propia capacidad para construir un destino mejor.

Ellos no esperan las mejores noticias: quieren ser parte de ellas. Más de uno confunde esas esperanzas con dogmática necedad, con pueriles ilusiones o con sencilla estupidez y, a lo mejor, en más de un caso los pragmáticos del presente perpetuo suponen con fundamento. En la estirpe de los soñadores, igual que en todas las estirpes, hay de todo. Sin embargo, en la misma medida que les vaticinan la imposibilidad de sus sueños, nadie tiene evidencia suficiente en la memoria para negarles de una vez y para siempre la chance de acertar con la mejor noticia de todas. Los soñadores creen que es mejor intentar el acierto, una y otra vez, a esperar sentados a que la fatalidad sea benévola. ¿Y si tuvieran razón? Por eso, si se trata de elegir la mejor noticia, en el balance personal, uno podría permitirse soñar con qué sucederá al día siguiente. Puestos a recordar, incluso los datos de la realidad pasada, aun en los tiempos más sombríos, confirman que esa expectativa dejó que la humanidad siguiera aguantando y venciendo obstáculos en su camino hacia adelante. Además, de acuerdo con evidencias científicas y empíricas, el optimismo prolonga la vida. Y con catorce años hay derecho, hasta obligación, de ser optimista.

Confiás en él porque
estás seguro de que quiere
lo mejor para vos.

Que bueno
que también confíes
en nosotros.



Una gran compañía,
para la seguridad de la gente.